

ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

44

ARLETTE FARGE

LA ATRACCIÓN DEL ARCHIVO

EDICIONS ALFONS EL MAGNÀNIM
INSTITUCIÓ VALENCIANA D'ESTUDIS I INVESTIGACIÓ

1991

MILLARES DE HUELLAS

907.1

F 223 a

176 0017

Título original: *Le goût de l'archive*

©Editions du Seuil 1989

©De esta edición, Edicions Alfons el Magnànim, IVEI, 1991

Pl. Alfons el Magnànim, 1 - 46003 València

Traducción de Anna Montero Bosch

Diseño de la portada: Aula Gráfica, C.B.

I.S.B.N.: 84-7822-026-7

DEPÓSITO LEGAL: V-1159-1991

Imprime: Gràficuatré, S.L. - Camino Benicull, s/n - 46600 Alzira

Composición tipográfica: Germania

EN invierno como en verano está helado; los dedos se agarrotan al descifrarlo mientras se impregnan de polvo frío en contacto con su papel pergamino o de tela. Es de difícil lectura para ojos poco avezados aun cuando a veces esté cubierto por una escritura minuciosa y regular. Aparece sobre la mesa de lectura, normalmente en forma de legajo, atado o ceñido, hacinado en suma, con los cantos devorados por el tiempo o los roedores; precioso (infinitamente) y maltrecho, se manipula lentamente con miedo a que un anodino principio de deterioro se vuelva definitivo. A primera vista, ya se puede saber si ha sido consultado o no, aunque sólo sea una vez desde su conservación. Un legajo intacto es fácil de reconocer. No por su aspecto (ha podido permanecer durante mucho tiempo en sótanos protegido de inundaciones, guerras o desastres, escarchas e incendios), sino por esa forma específica de cubrirse con un polvo no volátil, que se niega a desaparecer al primer soplo, frío caparazón gris depositado por el tiempo. Sin más huella que la lívida del lazo de tela que lo ciñe y lo retiene por el centro, doblándolo imperceptiblemente por el talle.

El archivo judicial es especial. Aquí, únicamente nos ocuparemos (o casi) del correspondiente al siglo XVIII, reunido en series en el Archivo Nacional, en la Biblioteca del Arsenal y en la Biblioteca Nacional. En él se basa nuestro trabajo de historiador.¹

¹ Para evitar las repeticiones inútiles, cuando se escriba «archivos», se comprenderá «archivos judiciales».

En este siglo no hay manuscritos medievales con notables iluminaciones; el archivo es simplemente uno de los medios de que se sirve la monarquía para administrarse civil y penalmente, y que el tiempo ha conservado como una huella de su paso. Como hoy, aunque de forma distinta, la policía instruye atestados y rellena registros. Los comisarios y los inspectores de policía envían a sus superiores notas e informes; los delincuentes sufren interrogatorios y los testigos confían sus impresiones a escribanos que las anotan sin puntuación, según la relajada costumbre de la época. El archivo judicial del siglo xviii está formado por todo esto: por la acumulación, hoja suelta tras hoja suelta, de demandas, procesos, interrogatorios, informaciones y sentencias. Aquí reposan la pequeña y la gran delincuencia, junto con las innumerables referencias e informaciones de la policía sobre una población a la que se intenta vigilar y controlar activamente. Esto forma legajos, clasificados cronológicamente, mes tras mes; también puede formar registros encuadernados en piel (es más raro), o reunirse en cajas de cartón grises que contienen los informes penales, clasificados por nombre y por año. El archivo supone el archivero; una mano que colecciona y clasifica, y aun cuando el archivo judicial es ciertamente, en todas las bibliotecas o depósitos de archivos departamentales, el que se conserva más «brutalmente» (es decir, guardado de la forma más simple en estado bruto, sin encuadernar, únicamente reunido y atado como un haz de paja), en cierto modo, está preparado para su eventual utilización.

Utilización inmediata, la que necesitaba el siglo xviii para el funcionamiento de su policía; utilización diferida, posiblemente inesperada, para aquél o aquélla que decide, más de dos siglos después, tomar el archivo como testigo casi exclusivo, privilegiándolo en relación con fuentes impresas, al mismo tiempo más tradicionales y más directamente accesibles.

El archivo no se parece a los textos, a los documentos impresos, a las «relaciones»,² a las corresponden-

² Las «relaciones» son hojas sueltas impresas, difundidas en el siglo xviii y que contenían el relato de sucesos, de prodigios y de curiosidades diversas.

cias, a los diarios, ni siquiera a las autobiografías. Es difícil en su materialidad. Pues es desmesurado, invasor como las mareas de los equinoccios, los aludes o las inundaciones. La comparación con los flujos naturales e imprevisibles está lejos de ser fortuita; quien trabaja en los archivos a menudo se sorprende evocando ese viaje en términos de zambullida, de inmersión, es decir, de ahogamiento... el mar está ahí; por otra parte, catalogado en inventarios, el archivo se presta a evocaciones marinas, puesto que se divide en fondos; es el nombre que se da a los conjuntos de documentos, bien sean homogéneos por la naturaleza de las piezas que contienen, o encuadernados juntos únicamente por el hecho de haber sido donados o legados por un particular que los poseía. Fondos de archivos numerosos y amplios, estibados en los sótanos de las bibliotecas, a imagen de esas enormes masas de rocas denominadas «bajíos» en el Atlántico, y que solamente se descubren dos veces al año, con las grandes mareas. Fondos de archivos cuya definición científica afortunadamente no agota sus misterios ni su profundidad: «Conjunto de documentos, sean cuales sean sus formas o su soporte material, cuyo crecimiento se ha efectuado de forma orgánica, automática, en el ejercicio de las actividades de una persona física o moral, privada o pública, y cuya conservación respeta ese crecimiento sin desmembrarlo jamás».³

En las bibliotecas, el personal (conservadores y almaceneros) no se pierde en el mar; habla del archivo por la cantidad de tramos que ocupa. Se trata de otra forma de gigantismo o de una astuta manera de domesticarlo señalando de entrada la utopía que significaría la voluntad de tomar posesión de él exhaustivamente un día. La metáfora del sistema métrico crea la paradoja: extendido sobre anaqueles, medido en metros de cinta como las carreteras, aparece infinito, posiblemente indescifrable. ¿Acaso se puede leer una autopista, aunque sea de papel?⁴

³ J. ANDRÉ, «De la preuve à l'histoire, les archives en France, *Traverses*, n° 36, enero, 1986, p. 29.

⁴ En los Archivos de Francia, en 1980, se apreciaba un crecimiento de 75 km. por año. Cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, p. 27.

Desconcertante y colosal, sin embargo el archivo atrapa. Se abre brutalmente sobre un mundo desconocido donde los condenados, los miserables y los malos sujetos interpretan su papel en una sociedad viva e inestable. De entrada, su lectura produce una sensación de realidad que ningún impreso, por desconocido que sea, puede suscitar. El impreso es un texto, entregado al público intencionalmente. Está organizado para ser leído y comprendido por numerosas personas; intenta anunciar y crear un pensamiento, modificar un estado de cosas con la exposición de una historia o de una reflexión. Se ordena y se estructura según sistemas más o menos fácilmente descifrables, y, sea cual fuere la apariencia que reviste, existe para vencer y transformar el orden de los conocimientos. Oficial, ficticio, polémico o clandestino, se difunde con gran velocidad en el siglo de las Luces, atravesando las barreras sociales, a menudo acosado por el poder real y su servicio de censura.⁵ Enmascarado o no, está cargado de intención; la más simple y evidente de las cuales es la de ser leído por los demás.

Nada tiene que ver con el archivo; huella en bruto de vidas que de ningún modo pedían expresarse así, y que están obligadas a hacerlo porque un día se vieron enfrentadas a las realidades de la policía y de la represión. Bien se trate de víctimas, demandantes, sospechosos o delincuentes, ninguno de ellos soñaba con esa situación en la que se vieron obligados a explicarse, quejarse, justificarse ante una policía poco amable. Sus palabras aparecen consignadas una vez ha surgido el acontecimiento, y aunque en el momento adopten una estrategia, no obedecen, como el impreso, a la misma operación intelectual. Expresan lo que nunca hubiese sido pronunciado de no haberse producido un acontecimiento social perturbador. En cierto modo, expresan un no-dicho. En la brevedad de un incidente que provoca desorden, explican, comentan, cuentan como «eso» ha podido existir, en su vida, entre la

⁵ En los Archivos de la Bastilla se conservan innumerables informes de impresores, vendedores y dependientes de librerías encarcelados por haber fabricado y vendido panfletos y libelos.

vecindad y el trabajo, en la calle y las escaleras. Corta secuencia, en la cual, a propósito de una herida, de una pelea o de un robo, se alzan personajes, siluetas barrocas y claudicantes, cuyas costumbres y defectos se reflejan de pronto, cuyas buenas intenciones y formas de vida a veces se detallan.

El archivo es una desgarradura en el tejido de los días, el bosquejo realizado de un acontecimiento inesperado. Todo él está enfocado sobre algunos instantes de la vida de personajes ordinarios, pocas veces visitados por la historia, excepto si un día les da por reunirse en muchedumbres y por construir lo que más tarde se denominará la historia. El archivo no escribe páginas de historia. Describe con palabras de todos los días lo irrisorio y lo trágico en el mismo tono, en el cual lo importante para la administración es saber quiénes son los responsables y cómo castigarlos. Las respuestas se suceden a las preguntas; cada demanda, cada atestado es una escena en la que está formulado aquello que normalmente no vale la pena que lo esté. Aún menos que se escriba; los pobres no suelen escribir su biografía. El archivo judicial, terreno del pequeño delito antes que del gran crimen, más raro, contiene más pequeños incidentes que graves asesinatos, y exhibe en cada pliego la vida de los más desfavorecidos.

A veces, se ha comparado este tipo de archivo con las «breves», el apartado de los diarios que informa sobre ciertos aspectos insólitos de la vida del mundo. El archivo no es una breve; no ha sido compuesto para sorprender, agradar o informar, sino para servir a una policía que vigila y reprime. Es la compilación (falsa o no, verídica o no, ésa es otra cuestión) de palabras pronunciadas, cuyos autores, obligados por el acontecimiento, nunca imaginaron que un día las pronunciarían. En este sentido fuerza a la lectura, «cautiva» al lector, produce en él la sensación de aprehender por fin lo real, de no examinarlo a través del *relato sobre, el discurso de*.

Así nace la sensación ingenua, pero profunda, de rasgar un velo, de atravesar la opacidad del saber y de acceder, como tras un largo viaje incierto, a lo esencial de los seres y de las cosas. El archivo actúa como un despojamiento; plegados en algunas líneas aparecen, no solamente

lo inaccesible, sino lo vivo. Trozos de verdad actualmente vencidos aparecen ante la vista: cegadores de nitidez y de credibilidad. No cabe duda, el descubrimiento del archivo es un maná que se ofrece y que justifica plenamente su nombre: fuente.

Sin comparación con ninguna otra, la fuente de los interrogatorios y de los testimonios de la policía parece realizar un milagro, el de unir el pasado con el presente; al descubrirla se da en pensar que no se trabaja con los muertos (ciertamente, la historia es ante todo un encuentro con la muerte), y que la materia es tan aguda que solicita simultáneamente a la afectividad y a la inteligencia. Extraño sentimiento el de este súbito encuentro con existencias desconocidas, accidentadas y plenas, que mezclan, como para embrollar mejor, lo próximo (tan cercano) y lo lejano, lo difunto.

Se dirá que el descubrimiento de una autobiografía o de un diario íntimo puede crear efectos comparables, pero la diferencia es grande. El más íntimo de los cuadernos, abandonado en un rincón de un granero y encontrado unos siglos más tarde, sugiere a pesar de todo que quien lo escribió pretendía más o menos ser descubierto y pensaba que los acontecimientos de su vida necesitaban ser escritos.⁶ El archivo en absoluto posee ese carácter: el testigo, el vecino, el ladrón, el traidor y el rebelde no querían aparecer compaginados; sus palabras, sus actos y sus pensamientos fueron transcritos por otras necesidades. Eso lo transforma todo, no sólo el contenido de lo que se escribió, sino también la relación con ello, especialmente la relación con la sensación de realidad, más insistente y tenaz, por qué no decirlo, más invasora.

UNA MAÑANA EN LA BIBLIOTECA DEL ARSENAL

Tela entre los dedos: áspera suavidad poco habitual para manos avezadas ya al frío del archivo. Tela blanca y sólida, deslizada entre dos hojas, cubierta por una bella

⁶ Ph. LEJEUNE, *Le Pacte autobiographique*, Éditions du Seuil, París, 1975.

escritura firme: es una carta. Comprendemos que se trata de un prisionero de la Bastilla, encarcelado desde hace tiempo. Escribe a su mujer una misiva implorante y afectuosa. Aprovecha el envío de sus harapos a la lavandería para deslizar entre ellos este mensaje. Ansioso por el resultado, pide a la lavandera que tenga a bien, cuando las devuelva, bordar una minúscula cruz azul sobre sus medias limpias; para él será la señal de que su esposa ha recibido el billete de tela. Encontrado en el archivo, el trozo de ropa dice por sí mismo que ciertamente no hubo ninguna pequeña cruz azul sobre la media limpia del prisionero...⁷

Un informe ligeramente abultado: abrirlo suavemente; sujeto sobre una página, un minúsculo saco de tela grosera, lleno de una materia indiscernible a primera vista. Una carta lo acompaña, la de un médico rural que escribe a la Sociedad Real de Medicina que conoce a una joven, sincera y virtuosa, de cuyos senos manan, cada mes, granos a borbotones. El saquito es la prueba.

Abrir o no algo que no ha sido abierto desde hace dos siglos. Abrir con precaución, retirar el alfiler que ha dejado en la sarga dos agujeros, algo manchados de óxido. Así es mejor, el saquito volverá a cerrarse fácilmente, absolutamente igual que antes, ajustando el alfiler en las señales. Algunos granos se escapan, dorados como el primer día; se desparraman como lluvia sobre el archivo amarillento. Breve brillo de sol. Si realmente fuese un poco de aquella muchacha en flor en quien creía su médico. Juego de metáforas, pero también sorprendente poder de los granos intactos, tan reales como inmateriales, de los que se supone que son al mismo tiempo fruto de un cuerpo y una de las explicaciones científicas de las menstruaciones.⁸

Con nada se puede describir el efecto de realidad que se siente mejor que con esos dos objetos encontrados al azar de las consultas de los informes. Sin contar los nai-

⁷ Biblioteca del Arsenal (más adelante B.A.), Archivos de la Bastilla (más adelante A.B.), 12057, 8 de julio de 1759.

⁸ Biblioteca de la Academia de medicina, SRM 179, asunto Anne Barbaroux, 1785. Cf. también J.-P. PETER, «Entre femmes et médecins. Violences et singularités dans le discours du corps d'après les manuscrits médicaux de la fin du XVIII^e siècle», *Ethnologie française*, t. 6, n^o 3-4, 1976.

pes, cuyo dorso a veces sirve para anotar cuentas o para apuntar una dirección. Ni siquiera los dibujos o garabatos, al margen de uno u otro atestado, testimonios de algunos momentos soñadores de un escribano poco concentrado, o de la pluma distraída de un inspector al releer sus papeles. Como si de un mundo desaparecido volviesen las huellas materiales de los instantes más íntimos y los menos frecuentemente expresados por una población enfrentada a la sorpresa, al dolor o al fingimiento. El archivo petrifica esos momentos al azar y en desorden; cada vez quien lo lee, lo toca o lo descubre, se siente al principio presa de un efecto de certeza. La palabra dicha, el objeto hallado, la huella dejada se convierten en figuras de lo real. Como si la prueba de lo que fue el pasado estuviese al fin ahí, definitiva y próxima. Como si, al desplegar el archivo, se hubiese obtenido el privilegio de «tocar lo real». A partir de ahí, para qué discurrir, proporcionar nuevas expresiones, para explicar lo que sencillamente yace sobre las hojas o entre ellas.

Por otra parte, la invasión de esas sensaciones nunca dura, dicen que sucede lo mismo con los espejismos. Por mucho que lo real parezca estar ahí, visible y aprehensible, nunca dice nada más que a sí mismo, y es una ingenuidad el creer que aquí se ha reducido a la esencia. El «regreso del archivo»⁹ a veces es difícil: al placer físico de la huella encontrada sucede la duda mezclada con la impotencia de no saber qué hacer con ella.

Ciertamente, la carta de trazo es emocionalmente impresionante, y sin duda muchos museos estarían contentos de tenerla bajo un cristal, pero lo importante está en otro lugar. Reside en la difícil interpretación de su presencia, en la búsqueda de su significación, en la ubicación de su «realidad» en medio de sistemas de signos cuya historia puede intentar ser la gramática. Los granos soleados y los naipes son al mismo tiempo todo y nada. Todo, porque sorprenden y desafían al sentido; nada, porque no son sino huellas en bruto, que sólo a sí mismas remiten, si no nos atenemos más que a ellas. Su historia no existe

⁹ Jerga profesional que significa: volver a casa después de haber trabajado en la Biblioteca.

hasta el momento en que se les plantea un cierto tipo de preguntas y no cuando se las recoge, aunque se haga con alegría. Y sin embargo, nadie olvida jamás el color de los granos entrevistados un día, ni tampoco las palabras de tela...

Seamos justos: no es tan frecuente que el trigo crezca en un archivo. Una vez ha pasado la sorpresa, la monotonía de los acontecimientos reunidos supera a los descubrimientos. Una vaga lasitud entorpece la lectura. Evidentemente, ninguna demanda se parece realmente a otra, ninguna pelea turba al vecindario del mismo modo, pero los atestados tienen todos el mismo formato, y los interrogatorios, a primera vista, tienen más o menos la misma estructura. Así como las informaciones, la ratificación (*récolement*)¹⁰ de los testigos, la sentencia pronunciada: muchos malandrines se pasean entre el destierro temporal y tres años de galeras, sin haber tenido más que unos instantes para gritar su fechoría o contar que ellos nunca estuvieron en el lugar donde el agente los detuvo.

Los registros de delincuentes o de prisioneros son incómodos de manejar —hay que adosarlos sobre un pupitre de madera para consultarlos— y lacónicos: hacen sobrevivir en innumerables columnas millares de nombres desconocidos, seguidos de escasas informaciones que de entrada no sabemos cómo tratar. Lejos de la precisión de los registros actuales, no ofrecen más que el esbozo de un fichero y de un control que apenas nacían. Se trata de largas listas aburridas, frecuentemente escritas por un mismo escribano, a menudo interrumpidas no se sabe por qué y nunca reanudadas a pesar de un título prometedor que indicaba una larga cronología que nunca será respetada. No es fácil resolver los problemas de mantenimiento del archivo judicial, y esas listas sirven más a la historia cuantitativa que a la de las mentalidades. Un día, para huir del aburrimiento, dicen que una habitual de las salas de archivos deslizó en casi todos sus dedos un anillo o una sortija, con la única finalidad de ver cómo jugaba la luz cuando, interminablemente, sus manos pasaban y volvían a

¹⁰ «Récolement»: término jurídico utilizado en el siglo XVIII que significa llamada de los testigos tras la declaración de los acusados.

pasar a lo largo de las altas páginas para no perder la esencia de ese material, en definitiva pocas veces mudo, aun cuando sea opaco.

Los personajes abundan en el archivo, más que en cualquier texto o en cualquier novela. Esa población inhabitual de hombres y mujeres, cuyo nombre desvelado en absoluto reduce el anonimato, refuerza en el lector la sensación de aislamiento. El archivo pronto impone una sorprendente contradicción; al mismo tiempo que invade y sumerge, remite, por su desmesura, a la soledad. Una soledad donde bullen tantos seres «vivos» que no parece en absoluto posible dar cuenta de ellos, hacer su historia, en suma. Millares de huellas... es el sueño de todo investigador (pensemos por un instante en los historiadores de la antigüedad). Su abundancia seduce y solicita, manteniendo al lector en una especie de inhibición.

¿Qué quiere decir exactamente: disponer de innumerables fuentes, y cómo sacar eficazmente del olvido existencias que nunca fueron notadas, ni siquiera en vida (si no era eventualmente para ser castigadas o amonestadas)? Si la historia es resurrección intacta del pasado, la tarea es imposible; sin embargo esa población insistente se parece a un requerimiento. Ante ella, es posible estar sólo como lo está un individuo enfrentado a la muchedumbre; solo y algo fascinado. Porque se presente al mismo tiempo la fuerza del contenido y su imposible desciframiento, su ilusoria restitución.

La tensión se entabla —a menudo conflictivamente— entre la pasión de recogerlo completamente, de hacer que se lea entero, de jugar con su aspecto espectacular y su contenido ilimitado, y la razón, que exige que se lo cuestione meticulosamente para que tenga sentido. Entre la pasión y la razón se decide escribir historia a partir de él. Apoyándose una en otra, sin vencer jamás ninguna ni ahogar a la otra, sin confundirse nunca tampoco, ni mezclarse, pero imbricando su camino hasta que ni siquiera surge la cuestión de su necesaria distinción.

Admitamos de momento que el archivo esté sobre la mesa de una biblioteca, depositado por el almacenero en el estado en que fue recogido y clasificado, es decir manipulable por manos deseosas de consultarlo. Es el caso más

frecuente con mucho; en Francia, la mecanización avanza a pasos cortos.

No se pueden fotocopiar los manuscritos del siglo xviii, demasiado frágiles, la modernidad los capta solamente a través de microfilms o microfichas, indispensables pero dañinos para los ojos. Compulsar el archivo, hojearlo, ir de atrás adelante, se hace imposible con esa técnica despiadada que cambia sensiblemente su lectura, y por lo tanto su interpretación. Útiles para la conservación, esos sistemas de reproducción de archivo suponen seguramente otras fructíferas formas de plantear preguntas a los textos, pero harán que algunos olviden la aproximación táctil e inmediata al material, la sensación prensible de las huellas del pasado. El archivo manuscrito es un material vivo, su reproducción microfilmada es un poco letra muerta, aun cuando se haga indispensable.

Leer el archivo es una cosa; encontrar el modo de retenerlo es otra distinta. Puede sorprender la afirmación de que las horas pasadas en la biblioteca consultando el archivo son horas dedicadas a copiarlo, sin cambiar ni una palabra. Cuando llega la noche, después de ese ejercicio banal y extraño, puede uno interrogarse sobre esa ocupación laboriosa y obsesiva. ¿Tiempo perdido o medio utópico de encontrarlo cueste lo que cueste? Tiempo que evoca un poco los otoños de la infancia y de la escuela primaria pasados en medio de hojas muertas copiando palabras o dictados, que el maestro juzga demasiado maltratados durante la misma mañana. Es eso, pero también es algo indefinible; se trata de un espacio, situado entre el aprendizaje infantil de la escritura y el ejercicio maduro de los estudiosos benedictinos, con la vida sometida a la copia de los textos. En la época de la informática, ese gesto de copiar, apenas puede confesarse. Como inmediatamente aquejado de imbecilidad. Por otra parte, a lo mejor es cierto: seguramente hay cierta imbecilidad en el hecho de copiar siempre, antes que tomar notas o simplemente resumir la idea principal de un documento. Imbecilidad, aliada con terca obstinación, es decir, maníaca y orgullosa, a menos que se experimente el dibujo absoluto de las palabras como una necesidad, un medio privilegiado para entrar en connivencia y sentir la diferencia. Se puede razonar,

repetirse que es posible conocer bien a Diderot sin sentir jamás la necesidad de copiarlo; sin embargo, ante el archivo manuscrito se crea una urgencia, la de dejarse arrastrar por el gesto en el flujo irregular de las frases, en la elocución entrecortada de las preguntas y las respuestas, en la anarquía de las palabras. Dejarse arrastrar, pero también dejarse extraviar, entre la familiaridad y la extrañeza.

La atracción del archivo pasa por ese gesto artesano, lento y poco rentable, durante el cual se copian los textos, trozo tras trozo, sin transformar su forma, ni su ortografía, ni siquiera la puntuación. Sin siquiera pensar demasiado en ello. Pensando en ello continuamente. Como si la mano, al actuar así, permitiese que el espíritu permanezca simultáneamente cómplice y extraño al tiempo y a esas mujeres y esos hombres que se expresan. Como si la mano, al reproducir a su modo el contorno de las sílabas y de las palabras de antaño, al conservar la sintaxis del siglo pasado, se introdujese en el tiempo con más audacia que a través de notas pensadas, en las que la inteligencia hubiese escogido de antemano lo que considera indispensable y hubiese dejado de lado el exceso del archivo. Ese gesto de aproximación se ha impuesto hasta tal punto que jamás se distingue del resto del trabajo. El archivo copiado a mano, en una página blanca, es un trozo de tiempo domesticado; más tarde, se delimitarán los temas, se formularán interpretaciones. Ello supone mucho tiempo y a veces duele el hombro al estirar el cuello; pero así se descubre un sentido.

SOBRE LA PUERTA DE ENTRADA

Sobre la puerta de entrada, un cartel indica las horas de apertura y cierre de la biblioteca; nadie puede saber que no coinciden necesariamente con las de consulta de documentos; abajo, se puede leer la lista de días festivos, así como la de los días de cierre que los acompaña a uno y otro lado de los fines de semana. La inscripción es larga, mecanografiada sin más sobre un simple papel con membrete del ministerio de Cultura, y está colocada tan discretamente que rara vez se distingue a primera vista. Eso es exactamente lo que le sucede al lector; al empujar la pesada puerta, no se había dado cuenta de que faltaban diez minutos para el final de las consultas de archivo de la mañana. No lo sospecha; al salir del metro solamente ha dado un vago vistazo a su alrededor para localizar el café más próximo, que le servirá en el momento de la pausa.

El edificio es majestuoso, la escalera de piedra absolutamente cómoda: anchos peldaños ajustados al ritmo de la ascensión, y suave baranda acabada en una falsa bola de cristal, excesivamente inclinada hacia la derecha. En el rellano, el busto de un desconocido; el nombre grabado debajo no le da más información. Uno se imagina a un conservador erudito, o posiblemente a un donante mecenaz, y sigue su camino. Grandes pinturas murales, vagamente bucólicas, claramente académicas, ensombrecen los corredores contiguos. Hace fresco; a pesar de la suavidad de la temperatura exterior, el aire es al mismo tiempo frío y húmedo, hace encogerse de hombros. Frente a él, puertas cerradas; a pesar de estarlo, abren las paredes con su

promesa de dar a una sala de lectura. Nada invita a empujar una antes que otra. En ese momento pierde algo de su despreocupación. Se le ve vacilar, intimidarse ligeramente, adoptar un falso aspecto de saber. Ya no tiene la flexible negligencia de cuando ha llegado, más aún cuando acaba de cruzarse con varias personas cuyo aspecto no da lugar a equívocos. Son lectores, de pasos regulares y rápidos, habitando el espacio sin énfasis, pero con la facilidad característica de quienes, desde hace tiempo, han establecido una connivencia con ese género de madrigueras. Alguien le adelanta, con el brazo izquierdo cargado con una cartera de cuero, el otro doblado sobre una carpeta que debió ser naranja. Es una suerte: sigue sus pasos y finge, a partir de entonces, un rostro más aéreo. Recorre un primer corredor, atraviesa un espacio vacío, percibe el nombre de una sala inscrito sobre el dintel de una puerta, mira distraídamente las copas de los árboles por la ventana, entra en una vasta antecámara amueblada con tres banquetas de terciopelo ajado y con dos vitrinas que contienen algunas medallas antiguas. A la derecha, una puerta entreabierta deja ver largos anaqueles negros donde se aprietan millares de cajas de cartón como en la vispera de un traslado o en el día de después de una catástrofe. Sigue escrupulosamente al que, cortésmente, mantiene abiertas las puertas a pesar de sus manos cargadas. Una vez atravesado el último paso, una bocanada de calor le informa: acaba de entrar en una sala de lectura.



El puesto número 1 es, con mucho, el mejor de la sala; próximo al elevado crucero, está bien iluminado; ningún vecino a la izquierda, el pasillo de comunicación invita al espacio, especialmente a dejar que el codo flote tranquilamente. Una vez instalado, se descubre una agradable perspectiva sobre la sala y sobre la estrecha galería de madera con balaustrada que la domina a la mitad de su altura. Todas las mañanas a las 10, al menos dos personas han decidido que ése es su lugar. Así se crea permanentemente una pequeña guerra, muda, invisible, pero tozuda. Para vencer, basta con llegar el primero al patio de entrada, y

con no dejarse desbordar por ningún movimiento que permita al otro pasar delante en un momento de distracción. De hecho, nadie puede imaginarse que se trata de un combate implacable, y que un buen puesto en una sala de archivo es uno de los bienes más preciados que pueden existir. Para obtener sin dificultad, y sin tener aspecto de luchar, ese benéfico puesto número 1, hay que empezar temprano. No entretenerse demasiado en el desayuno, comprar el diario sin dejarse atraer por los titulares, salir del metro con ojos vigilantes para reconocer al intruso, avanzar sin apresurar el paso hasta la puerta. Si, por casualidad, sale del mismo metro, no correr jamás, ni siquiera saludarlo o sonreírle, cualquier complicidad provoca por fuerza fastidiosos compromisos. Hay que continuar el camino y tomar a escondidas el pequeño callejón poco conocido que lleva más rápidamente al destino. Al abrir las puertas si se encuentra uno codo con codo para subir las escaleras, hay que adoptar el aire despreocupado de quien sabe que, evidentemente, tiene derecho al puesto número 1. El otro, ante tanta seguridad, ocupará el 2, justo al lado; o mejor, el 16, exactamente frente al 1, por lo tanto, bien iluminado, buena perspectiva inversa, etc. y que posee la incuestionable ventaja de poder clavar los ojos irritados implacablemente sobre el detentador del número 1. Es un cara a cara insoportable para el vencedor, siempre algo lastimoso por haber logrado una victoria tan irrisoria. No hay tregua en esa competición que se encarniza todos los días; algunas mañanas, puede suceder que uno se encuentre más cansado que otras, y que firme la derrota en cuanto se pone en pie. Entonces, es fácil soñar ante una taza de té, o sumergirse en un baño espumoso charlando con la gata, esbozar tres pasos de gimnasia ante una ventana casi abierta. La guerra está perdida pues, a esta hora, el otro ya está en el puesto número 1; basta con transformar la derrota en indiferencia o sentirla como otra victoria. Depende de la forma y justamente del modo en que la tetera hoy ha vertido su contenido en la taza, sin inundarlo todo alrededor. En ese caso, se puede uno tomar todo el tiempo, y oír las noticias hasta la meteorología, bajar por la avenida acariciando a todos los perros en vez de renegar por tener que esquivar sus huellas. La salida del

metro se parece a una mañana de Austerlitz: son las diez y media y ya no queda nadie ante la puerta. La entrada en la sala de lectura es triunfal: ahí está el número 1, crispado por no haber tenido que combatir esa mañana. No queda más que rozarlo un poco, negligentemente, con la vista perdida hacia los libros del fondo, y después alejarse normalmente hacia el lado opuesto de la sala, detrás de él, hacia el puesto 37. Una mirada furtiva de costado permite vislumbrar la nuca del 1 que acaba de ponerse ostensiblemente rígida. Es normal, el puesto 37 es tan agradable...

RECORRIDOS Y PRESENCIAS

PRIVILEGIAR el archivo judicial supone una elección y significa un itinerario; no es tan natural trabajar solamente a partir de él e introducirlo en el debate histórico adoptándolo como interlocutor principal. ¿Por qué negarlo? Ciertamente, hay algo de trivialidad en obstinarse durante años en buscar siempre más informaciones concretas sobre la vida de gente de un siglo pasado, mientras se organizan de forma cada vez más elaborada las nuevas maneras de reflexionar sobre la historia. Pero ello significaría olvidar hasta qué punto el archivo judicial ha permitido apariciones en escena espectaculares.

LA CIUDAD ATENTA

Ante todo, he aquí la ciudad, París, como un personaje, que reside por completo en los actores que la habitan y conforman, fabricada con modos de sociabilidad que concuerdan con su aspecto enmarañado y con sus edificios sin secretos.

Llena a rebosar de gente, atenta al menor acontecimiento, tiene todos los motivos para sentirse conmocionada por la avalancha de noticias y de rumores que la llenan cada día. A veces, afligida por intemperies o accidentes, se defiende con energía de las agresiones. Naturalmente receptiva a los acontecimientos colectivos que jalonan su calendario, se presta de buena gana o con indiferencia según los casos al «alborozo organizado» de las fiestas reales y los fuegos artificiales. En el infinito deta-

lle de sus reglamentaciones, los informes policiales la vieran a veces inquieta, otras febril e incluso implorante; también la muestran despreocupada o colérica, reaccionando con tenacidad y vigor a todo cuanto sucede.

Siempre despierta, la ciudad se mantiene vigilante: posee los medios para hacer que se manifieste su opinión, buena o mala, sobre lo que se le hace vivir, pues da miedo. Da miedo a las gentes de bien, a los viajeros, a la policía como al rey, y conserva el misterio suficiente para hacer que nazcan a lo largo del siglo XVIII innumerables notas de la policía que intentan que nada se oculte en su sombra. A través de este impresionante material, como a través de las crónicas de Louis-Sébastien Mercier¹¹ o de los relatos de Nicolas Rétif de La Bretonne,¹² la descubrimos huidiza, aunque minuciosamente vigilada por una administración que la quiere llana y dócil. De hecho, es opaca y móvil, y es su desorden lo que adivinamos inmediatamente tras la monotonía de las reglamentaciones incansablemente repetidas mes tras mes y pocas veces obedecidas; la ciudad escucha poco, y las órdenes recibidas de arriba no tienen mucha influencia en su tumulto festivo o pícaro. El archivo policial la muestra al desnudo, discolorada casi siempre, a veces sumisa, siempre ausente, allí donde el sueño policial desearía inmovilizarla definitivamente.

En cierta forma, el archivo sorprende a la ciudad en flagrante delito: trampear con la orden, por ejemplo, de no aceptar la utopía de los hombres de la policía o incluso decidir, según los acontecimientos, aclamar o abuchear a sus reyes, y rebelarse cuando se siente amenazada. Leyendo los registros de la policía, se constata hasta qué punto la revuelta, el desafío o incluso la rebelión, son hechos sociales habituales que la ciudad sabe gestionar, suscitar y cuyas primeras señales reconoce fácilmente.

¹¹ L.-S. MERCIER, *Tableau de Paris*, Amsterdam, 1782, 12 vol.

¹² N. RÉTIF DE LA BRETONNE, *Les Nuits de Paris*, 2 vol., éd. Paris, 1930.

EL PUEBLO EN PALABRAS

Ahora, he aquí al pueblo y sus múltiples rostros iluminados: se destacan de la multitud, sombras chinescas sobre los muros de la ciudad. El archivo nace del desorden, por mínimo que sea; arranca de la oscuridad largas listas de seres jadeantes, desarticulados, obligados a explicarse ante la justicia.

Mendigos, desocupados, demandantes, ladronas o seductores agresivos, un día surgen de la masa compacta, atrapados por el poder que los ha perseguido en el centro de su algarabía ordinaria, bien por haberse encontrado donde no debían, bien porque ellos mismos hayan querido transgredir y atronar, o quizá nombrarse al fin ante el poder.¹³ Los pedazos de vida, allí estampados, son breves y sin embargo impresionan: ceñidos entre las pocas palabras que los definen y la violencia que, de golpe, los hace existir ante nosotros, llenan registros y documentos con su presencia. Si hay proceso y más tarde sentencias, éstas, por lacónicas que sean —«galeras temporales», «sospechoso de sedición», «enviado a prisión»—,¹⁴ revelan, no la otra cara del decorado, sino las escenas familiares de la vida urbana donde el orden y el desorden a menudo se confunden, antes incluso de enfrentarse.

Con frecuencia, el archivo no describe completamente a los hombres; los saca de su vida cotidiana, los fija en algunas reclamaciones o en algunas lamentables negativas, sujetos como mariposas de alas vibrantes, incluso cuando consienten. Consienten en quejarse, con palabras torpes y tímidas, en las que su aparente seguridad oculta un miedo infantil. A menos que no sean astutos y respondones o, peor aún, burlones y mentirosos desvergonzados.

De entrada, el archivo juega con la verdad, así como con lo real; también impresiona por esa posición ambigua en la cual, al desvelar un drama, se alzan los actores atra-

¹³ A. FARGE, M. FOUCAULT, *Le désordre des familles, les lettres de cachet des Archives de la Bastille*, Gallimard, Paris, 1982.

¹⁴ Son las denominaciones de las penas impuestas en el siglo XVIII; se puede añadir la de la picota, así como la del exilio, que obligaba al delincuente a abandonar su provincia.

pados, cuyas palabras transcritas seguramente contienen más intensidad que verdad. La evasiva, la confesión, la obstinación y la desesperación se mezclan sin separarse, y sin que, por ello, podamos preservarnos de la intensidad que ese estallido de vida provoca. Ese estremecimiento del archivo, tan portador de realidad a pesar de sus posibles mentiras, suscita la reflexión.

Naturalmente, se puede decidir, como sucede con frecuencia, trabajar el archivo en sus informaciones tangibles y ciertas. Las listas de prisioneros, los registros de galeotes, contabilizan a una población aparte sobre la que se puede basar una investigación. Es absolutamente legítimo e importante detenerse, por ejemplo, en una categoría particular de delincuentes —ladrones o asesinos, contrabandistas o infanticidas— cuyo examen informa tanto sobre ellos como sobre la sociedad que los condena. La anormalidad y marginación dicen mucho sobre la norma y el poder político, y cada tipo de delito refleja un aspecto de la sociedad.

Este modo de leer los documentos a través de la fiabilidad de las informaciones tangibles, sin embargo, excluye todo cuanto no es debidamente «verdadero», verificable, y que, sin embargo, aparece notificado: algunas frases transcritas, procedentes de interrogatorios y testimonios; las que no se pueden contabilizar ni clasificar, pero que un día fueron dichas y formaron un discurso —por exiguo que fuese— en el que se jugó un destino. Ese discurso precariamente elaborado, verdadero o falso, ese destino suspendido, producen emoción, y por lo tanto obligan a la inteligencia a descifrarlos profundamente dentro de lo que los permitió y produjo.

A través del discurso, se juegan vidas en algunas frases, y la posibilidad del éxito o el fracaso residen en unas palabras. Lo importante no es saber si los hechos referidos tuvieron lugar exactamente de esa forma, sino comprender cómo se articuló la narración entre un poder que la obligaba a ello, un deseo de convencer y una práctica de las palabras de la que se puede intentar saber si adopta o no modelos culturales ambientales.¹⁵

¹⁵ N. Z. DAVIS, *Pour sauver sa vie. Les récits de pardon au xv^e siècle*, Éditions du Seuil, Paris, 1988.

La palabra retenida está contenida en el centro del sistema político y policial del siglo XVIII que la gobierna y la produce. Ofrece a la mirada la consecuencia de su origen y no existe, naturalmente, más que por una práctica específica de poder que la ha hecho nacer. En el enunciado de las respuestas, o en las explicaciones orales dadas, se esboza primeramente la forma en que se imbrican (bien o mal) los comportamientos personales y colectivos en las condiciones formuladas por el poder. Esos frágiles trayectos, expuestos en unas pocas palabras por mujeres y hombres, que oscilan entre la mediocridad y el genio, muestran el funcionamiento de los ajustes necesarios entre uno mismo, el grupo social y el poder. Naturalmente, hay miles de formas de responder a un interrogatorio; todas revelan que el frágil refugio que ofrecen las palabras con las que cada uno construye su defensa, se organiza por fuerza entre las estructuras de poder existentes y las costumbres contemporáneas de explicación y de descripción de los acontecimientos. (Esas vidas, ni grandes ni pequeñas, que se encuentran con la historia a través del universo policial, el día necesario, en el miedo o la resignación, inventan respuestas enigmáticas o incisivas, fruto de su improbable inserción en el sistema social.

Esos discursos inacabados, obligados por el poder a expresarse, son uno de los elementos de la sociedad, uno de los puntos que la caracterizan. El hecho de que sea preciso expresarse, confesar o no, en función de un poder contra el cual uno choca, contra el cual uno lucha, para que no lo encarcelen, es una circunstancia que marca los destinos singulares. A partir de ahí, que el discurso resulte embrollado, que mezcle la verdad con la mentira, el odio con la astucia, la sumisión con el desafío, en nada mancipla su «verdad». Posiblemente el archivo no dice la verdad, pero habla de la verdad, en el sentido en que lo entendía Michel Foucault, es decir, en la forma única que tiene de exponer el *Habla* del otro, atrapado entre las relaciones de poder y él mismo, relaciones que no solamente sufre, sino que las actualiza al verbalizarlas. Lo visible, ahí, en esas palabras esparcidas, son elementos de la realidad que, por su aparición en un tiempo histórico dado,

producen sentido. Sobre su aparición es sobre lo que hay que trabajar, a partir de ella hay que intentar su desciframiento.

Tras las palabras que muestran los atestados se puede leer la configuración en la que cada cual trata de posicionarse frente a un poder opresor, en la que cada uno articula, con éxito o sin él, su propia vida frente a la del grupo social y en relación con las autoridades. Para ello, se apropia, de forma correcta o no, del vocabulario dominante, e intenta simultáneamente reflejar inteligiblemente aquello que puede permitir hacerlo inocente o lo menos culpable posible.

Bajo el archivo se organiza el relieve, simplemente hay que saber leerlo; y ver que hay producción de sentido en el lugar exacto en que las vidas chocan contra el poder sin haberlo pretendido. Hay que poner orden pacientemente en esas situaciones sacadas a la luz por el súbito choque, localizar las discordancias y las desviaciones. Lo real del archivo se convierte no sólo en huella sino también en planificación de las figuras de la realidad; y el archivo siempre mantiene una cantidad infinita de relaciones con lo real.

En ese juego complejo, en el que aparecen rostros —aunque no sean más que esbozos—, se deslizan también la fábula y la fabulación, y posiblemente la capacidad de una u otra para transformarlo todo en leyenda, para crear una historia o hacer de una vida una ficción. También sobre esta transformación informa el archivo, y los modelos tomados, una vez localizados, añaden aún más sentido. Narración y ficción se entremezclan; el tejido está apretado y no se deja leer tan fácilmente.

Es posible aplanarlo sin prisas y desmenuzarlo minuciosamente: sin embargo, subsiste algo diferente, que no tiene nombre y de lo que difícilmente puede dar cuenta la experimentación científica. Además, ésta considera que no le corresponde a ella dar cuentas de eso, aun cuando se le vea enfrentada. Naturalmente, se trata de ese excedente de vida que inunda el archivo y provoca al lector en lo más íntimo. El archivo es exceso de sentido, en el lugar mismo en que quien lo lee siente la belleza, estupor y una especie de sacudida afectiva. Ese lugar es secreto,

diferente en cada uno, pero en todos los itinerarios surgen encuentros que facilitan el acceso a ese lugar y sobre todo a su expresión. Michel Foucault fue uno de esos encuentros, al mismo tiempo simple y desconcertante. Amaba los manuscritos y el archivo, y podía escribir cuánto le impresionaban esos textos: «Sin duda una de esas impresiones de las que se dice que son “físicas”, como si pudiese haber otras». ¹⁶ Conmocionado, sabía que el análisis no podía decirlo todo, pero también que la emoción expresada en absoluto satisfacía a los historiadores; sin embargo, no rechazaba esa forma de aprehensión del documento tan lícita como otras y poco conocida en él: «Confieso que esas “noticias” que de pronto surgen a través de dos siglos y medio de silencio han sacudido en mí más fibras que eso que normalmente llaman literatura [...] si las he utilizado sin duda ha sido a causa de la vibración que siento cuando llego a encontrar esas vidas ínfimas convertidas en cenizas en las pocas frases que las abatieron». ¹⁷

Quien siente la atracción del archivo intenta arrancar un sentido suplementario a los jirones de frases halladas; la emoción es un instrumento más para cincelar la piedra, la del pasado, la del silencio.

PRESENCIA DE ELLA

París la ciudad, el pueblo, después surgen rostros del archivo; al mismo tiempo, bajo el grafismo de las palabras aparece nítidamente ésa de quien no se hablaba, porque siempre se creía hablar de ella: la mujer. La neutralidad del género se desgarró y exhibe crudamente el juego de las diferenciaciones sexuales, a poco que nos preocupemos por ello.

El archivo habla de «ella» y la hace hablar. Motivada por la urgencia, un primer gesto se impone: recuperar la como se encuentra una especie perdida, una flora desconocida, trazar su retrato como se repara un olvido,

¹⁶ M. FOUCAULT, «La vie des hommes infâmes», *Cahiers du chemin*, nº 29, 15 de enero de 1977, p. 13.

¹⁷ M. FOUCAULT, *op. cit.*

mostrar sus huellas como se exhibe a una muerta. Gesto útil de coleccionista, pero inacabado; hacer visible a la mujer, allí donde la historia omitía su visión, obliga a un corolario: trabajar sobre las relaciones entre sexos, hacer de esas relaciones un objeto histórico.

En la ciudad del siglo XVIII, la mujer está sorprendentemente presente: trabaja, se desplaza y toma parte de forma fluida y natural en el conjunto de las actividades urbanas. Localizarla es juego de niños, puesto que ocupa constantemente los edificios, los mercados, las ferias y las orillas del Sena. A menudo migradora como el hombre, llega del campo, sola o acompañada, e intenta establecerse dominando a la ciudad y sus barrios.

Tiene que encontrar alojamiento, así como un trabajo, y el archivo la sigue en sus peregrinaciones. Un incidente callejero, un robo en el mercado, una carroza volcada o la mordedura de un perro la ponen fácilmente en escena en los atestados y declaraciones; así la vemos actuar en el centro de una sociabilidad fabricada tanto con difíciles promiscuidades como con eficaces solidaridades. El archivo es lo suficientemente claro y rico para permitir ir más allá de una «reproducción» fija de su persona que la petrificaría, como un grabado de la época, en sus gestos como en su atuendo. El archivo, fragmentariamente, da un esbozo vivo, en el que ella se muestra tal como es, es decir, enfrentada con las incertidumbres de la vida social y política.

Naturalmente, los manuscritos informan primeramente sobre sus funciones supuestamente más tradicionales: promesas de matrimonio, muchachas seducidas y abandonadas, certificados de hijos abandonados, disputas conyugales. Archivos rutinarios la interceptan en medio de sus choques y de sus deseos, a veces sacudida por la violencia de la época, por la agresividad masculina, por la miseria demasiado evidente y el simple deseo de encuentros decepcionados más tarde. Pero el archivo además la sorprende no sólo en sus estados, sino en sus gestos cuando están realizándose. Gracias a él, la mujer no es un objeto aparte, cuyos hábitos y costumbres nos complaceríamos en exhibir, sino un ser inmerso de forma específica en la vida social y política de su tiempo. Inmersa en el mundo masculino y participando cada día.

Ello permite superar una de las desventajas que pesaron ligeramente sobre los principios de la «historia de las mujeres», puesto que hemos de denominarla así. Su necesaria aparición en las investigaciones y los trabajos se parecía más a un saber superfluo que a una interrogación sobre su interacción con el mundo que la rodeaba.

Al describir excesivamente a las mujeres, al convertirlas en un capítulo aparte de toda tesis bien documentada, no se explicaba nada y se hacía creer que de todas formas la historia se hacía en otro sitio y de otra forma. Se conocía a las mujeres, se sabía de su existencia, se describían sus trabajos, sus tasas de producción, sus enfermedades y sus desventuras, sin introducirlas en absoluto en el acontecimiento, sea éste cual fuere.

El archivo, tal como es, no las aísla, sino muy al contrario; pero a través de riñas y disputas, escenas callejeras o de casa, trabajos en talleres o tiendas, se las diferencia sin esfuerzo, haciendo posible una profunda reflexión sobre los papeles masculino y femenino.

Para empezar, obligadas a explicarse ante el comisario, no se expresan del mismo modo que los hombres, y responden a las preguntas con estructuras de pensamiento que les son propias. Las diferencias no siempre son muy visibles en los interrogatorios en los que las respuestas están severamente conducidas por una serie de preguntas monótonas. Pero cuando acuden a demandar, o cuando escriben una instancia, expresan su pena y su desagrado de forma diferente a los hombres. Ello no quiere decir que utilicen los medios que se creen tradicionales: el gemido, la llamada a los sentimientos, la necesidad de compasión, son raros. Prefieren hablar alto y fuerte, violentas y decididas, sin explotar su legendaria debilidad, y utilizan para convencer todo un juego de detalles que rompe la solemnidad de la narración, haciéndola al mismo tiempo más accesible y más familiar, si bien más entrecortada. La palabra femenina a menudo está sacudida por el movimiento, con el ritmo de la enumeración sucesiva y breve de las secuencias que aparecen y donde se percibe algo más que una integración en la vida colectiva, es decir, verdaderas funciones en la ciudad.

Gracias a las palabras archivadas, se reconoce la singular y eficaz connivencia establecida entre la mujer y su ambiente: a través de ella se anima el barrio¹⁸ —hecho de rumores y noticias transmitidas por personajes cuya localización y costumbres ellas siempre conocen—. Reflejados por ellas, el edificio y el mercado se adivinan contruidos con idas y venidas, con vagabundeos y con emigración, así como con hombres y mujeres empeñados en sacar de ellos provecho o bienestar, si no es que cosechan desgracia. Al margen de las estructuras fijas de comunidades de oficios, existen redes de sociabilidad y de vecindario en las que las mujeres ocupan un papel de primer plano, haciendo que funcionen las solidaridades tradicionales o salpicando el espacio con disparidades y conflictos que más tarde habrá que calmar.

Si el archivo aparece menos desmenuzado —es decir, si las respuestas a los interrogatorios forman cortos relatos— y a través de él reconstituimos los acontecimientos cuyo hilo se puede trazar, las funciones se ponen en su lugar, y el juego de lo masculino y lo femenino, en toda su complejidad, se solidifica ante la vista. En lugar de estar dislocada por trozos de descripción entrevistados aquí y allá, la figura femenina se desprende del anonimato de la muchedumbre, perfilada en todo su volumen. A partir de entonces no pocos estereotipos se borran, y más tarde se organizan y se ordenan distribuciones de papeles, a veces inesperadas y contradictorias.

Innumerables escenas las hacen visibles: ordinarias, repetitivas o excepcionales. Una espera demasiado larga en el puerto del Sena donde se embarcan los niños criados fuera, por ejemplo, las capta en plena acción. Las vemos, semejantes a las que dejan furtivamente al niño recién nacido sobre las losas de la iglesia, llenas de solicitud y dispuestas a no pocas iniciativas para proteger al niño. Las volvemos a ver más tarde (a menudo mucho más tarde, pues muchas madres no pueden pagar el viaje de sus hijos hasta al cabo de uno o dos años), en el mismo puerto,

¹⁸ R. DEKKER, «Women in revolt. Popular protest and its social basis in Holland in the XVII and XVIIIth century», *Theory and Society*, nº 16, 1987.

esperando el regreso del barco, buscando sus iniciales sobre la ropa del niño, única señal que les permitirá reconocerlo con seguridad.

Con ocasión de las visitas del alguacil y del comisario encargados de practicar los embargos en los talleres contraventores, allí están ellas, frecuentemente solas, en plena negociación y disculpando sin timidez a su esposo. Lo mismo hacen cuando son compañeras de un obrero por cuenta propia (*chambrelan*)¹⁹ descubierto por la policía: defienden sus herramientas y sus bienes con obstinación mientras él hábilmente se ha alejado por un tiempo.

Mujeres furiosas también, y decididas a seguir estándolo: en un pueblo próximo a París, diseminado sobre una colina, los recaudadores de impuestos han llegado a recoger el dinero que se les debe; llegan a caballo, se sorprenden al ver que no sale humo de las chimeneas. El pueblo se finge muerto, está vacío de toda alma. En una revuelta del camino que conduce a él, un poco más abajo, se adivina a un grupo: en silencio, las mujeres y los niños se han reunido, inmóviles, petrificados como insectos que se confunden con una rama. Al interpe-larlas de lejos, gritan que están solas, y que los recaudadores deben seguir su camino. Y eso es lo que hacen sin vacilar, volviéndose sin embargo tres o cuatro veces cuando notan que ellas los siguen, amenazadoras, armadas con horcas, después de dejar a los niños atrás sin un grito. Más tarde, al caer la noche, llamarán a sus hombres, escondidos en los bosques aún sin desbrozar.²⁰

Conocen sus poderes, y el archivo las evoca utilizando ese saber e introduciéndose a menudo en los papeles necesarios para defender sus bienes o su hogar. Con convicción y sin blandura. Con sentido político. Otras escenas las muestran en lugares y circunstancias diferentes, más íntimas, en las que las bazas de su seducción juegan en su contra: la violencia de las agresiones, la sumisión

¹⁹ Obrero que trabaja en su domicilio por su cuenta sin estar en ninguna comunidad del oficio. Es una actividad marginal severamente reprimida por la policía del trabajo.

²⁰ A.N., AD III 7, 16 de octubre de 1749 en Saint-Arnoult (Beauvais).

forzada forman parte de su cotidianidad; y la avidez de los últimos tiempos por verlas más autónomas que dependientes no debe ocultar estos hechos. El discurso que los hombres de su época mantenían sobre ellas es un discurso acerbo; la literatura popular de la época no es avara en descripciones demenciales en las que se mezclan la mujer y el odio hacia la mujer.²¹ En boca de testigos o sospechosos, el archivo, en algunos momentos, recoge esas requisitorias en las que la mujer adopta el rostro de la desgracia, de la destrucción y de la muerte devoradora. El archivo no es simple; su lectura contradictoria arrastra al lector allí donde funcionan sistemas de compensaciones recíprocas, y donde se determinan actitudes ambiguas, donde se revela el funcionamiento del enfrentamiento entre lo masculino y lo femenino. Si existe alguna «realidad» en este caso, es la de la pluralidad de las maneras de actuar, en las que el desorden es solamente aparente. Entonces, se descubren pacientemente conductas femeninas razonadas, pactando o no con otras conductas, masculinas, y cuyo razonamiento se apoya, entre otras, en ciertas formas de apropiación del poder.

La escena política oficial no pertenece a las mujeres; sin embargo, en el siglo xviii, éstas no la abandonan nunca. Una vez más, el archivo sorprende: en todas las emociones populares, grandes o pequeñas, allí están ellas y participan de lleno en la acción. No sólo incitan al hombre a que se agite, sino que están entre la multitud, con palos y bastones, y se enfrentan duramente con la policía o los soldados. Entonces, los hombres no se sorprenden; algunos incluso las empujan a la primera fila, o las animan para que griten desde las ventanas, pues conocen su poder, por una parte, y por otra, la costumbre que tienen las autoridades de respetarlas o de castigarlas poco. También las vemos crueles, encarnizándose con las víctimas; por otra parte, los cronistas son inagotables en los detalles morbosos, atribuyendo sin duda a la mujer la violencia que no siempre quieren ver en

²¹ Los textos de la Biblioteca azul, por ejemplo, contienen numerosos ataques contra las mujeres. Cf. A. Farge, *Le Miroir des femmes, textes de la Bibliothèque bleue*, Éditions Montalba, París, 1982.

si mismos.²² Pero de vez en cuando hay que rendirse ante la evidencia cuando coinciden numerosos testimonios sobre tal o cual gesto femenino sanguinario o bárbaro; entonces, hay que analizar, relacionar esos gestos con otros, con los de los hombres y con los de la literatura, que seguramente sirvieron de modelo.²³ O también intentar vincular la ferocidad femenina, siempre denunciada, con el sistema social y político en su totalidad. Buscar desde lo más remoto a partir de qué mecanismos de carencias y de compensaciones existen el furor y el gusto por la muerte en ellas, que primero dan la vida. Se pueden adelantar algunas hipótesis: participar tozudamente en un motín en primer lugar es el resultado de la evidencia. Activas en su barrio, rápidas en propalar las noticias, las mujeres pueden incitar fácilmente a la rebelión sin ruptura real con su funcionamiento cotidiano de presencia y de animación. En cuanto a su entusiasmo declarado por la sangre, después de tomar cuenta de la denuncia, siempre masculina, ¿acaso no habría que intentar relacionarlo con el estatuto de impureza y de ineficacia que afecta a la suya, en el momento del derrame menstrual? Si la suya es regularmente impura y fluye sin motivo (en aquella época todavía no se conoce exactamente el papel de la sangre en la actividad femenina de la reproducción), ¿acaso no hay una cierta transgresión absoluta máxima y satisfactoria en ver cómo se derrama eficazmente la de aquellos contra quienes se lucha?

A través del gran *puzzle* de palabras pronunciadas y de acciones localizadas se pueden encontrar algunos principios de respuestas a preguntas difíciles o mal planteadas. Nunca de forma definitiva, pues en otro documento, o más tarde a propósito de otros acontecimientos, aparecen otros detalles que interpelan a los primeros y producen otras figuras coherentes.

Al permitir vislumbrar lo que los discursos ocultan, al romper modelos y estereotipos para hacer aparecer con-

²² A. FARGE, «Les femmes, la violence et le sang au xviii^e siècle», *Mentalités*, n° 1, septiembre, 1988.

²³ N.Z. DAVIS, *Les Cultures du peuple. Rituels, savoirs et résistances au xv^e siècle*, Aubier, París, 1979.

ductas diversas imprevistas, léase divergentes, a menudo nos encontramos lejos del concepto habitual y tan manido de la dominación y la opresión. Pero que los «olvidados» del feminismo no se regocijen demasiado pronto, el archivo no abole los esquemas. Con el pretexto de que allí se encuentran mujeres trabajadoras, decididas y ocupadas en el juego político, no se lee necesariamente su libertad o emancipación, cuya presencia permitiría zanjar con alivio el debate sobre lo masculino y lo femenino. El archivo, sin dejar de mostrar lo mismo, lo diferente y lo distinto, hace más complejo el enfoque del problema, subraya las oposiciones, obliga a reflexionar de forma continua sobre aquel paradójico siglo XVIII, en que la mujer se ve obligada a tomar responsabilidades económicas, o sea políticas, mientras que está privada de poderes reales. También permite atravesar el conjunto de esos actos femeninos (decisiones, resistencias, violencias, seducciones) con los discursos médicos o filosóficos que se mantienen sobre ella, y que en aquella época la convierten en problema y en problemática.

Comparado con los discursos, el archivo rompe las imágenes preestablecidas, y al mismo tiempo refuerza la reflexión sobre la diferenciación sexual. Por otra parte, ¿acaso el debate en la época de las Luces no refleja la extraordinaria relación de fuerzas entre hombres y mujeres, discutiendo sobre la falta de razón de las mujeres, sin ni siquiera percibir su evidente aprehensión racional de las formas del saber y su intrusión natural en las lógicas de las relaciones sociales (la Revolución, como sabemos, resolverá el problema a su manera excluyéndolas del poder político)?

Al hacer que surja el detalle que desengaña o desconcierta, al romper de entrada cualquier esperanza de linealidad y de positivismo, la irrupción de las palabras y de los actos destruye los modelos establecidos, aporta la separación de la norma, desplaza el sentido adquirido de una vez por todas y, muy a menudo, crea una cierta confusión en lo que antes creíamos simple. En la historia de las mujeres es un regalo, pues las mil y una facetas contrastadas del conflicto entre los sexos adquieren así un mayor relieve. La intensidad del movimiento anima esta importante cuestión dejada de lado en el pasado como en el presente:

¿la diferencia sexual puede plantearse en otros términos que en los de desigualdad, aun cuando se admita que se compone y se descompone constantemente un juego sutilmente organizado de libertades y de compensaciones?

EL CONFLICTO

El archivo judicial introduce, necesariamente, en el terreno accidentado de las pasiones y de los desórdenes: presos en sus redes, la ciudad, el pueblo, la mujer, presentan un rostro exacerbado. Se dice incluso que está deformado por el material que reúne. Pero ya hemos dilucidado anteriormente la naturaleza de ese vínculo forzado entre palabras y poderes; ¿por qué no escoger ahora una posición deliberadamente ofensiva en relación con la vieja cuestión de las fuentes necesariamente tergiversadas desde el momento en que emanan de la justicia? Simplemente, decidiendo que el antagonismo y la discordia son también medios de explicitación de lo social. Con mayor convicción ahora, cuando una cierta corriente parece despreciarlos abusivamente. Después del desarrollo de la historia de las mentalidades que focaliza su objeto en la vida cotidiana y en el mundo de las sensibilidades, la disciplina histórica ha podido desarrollar con entusiasmo los temas desdénados que se refieren a la vida privada, como el hábitat, el vestido, la alimentación, la sexualidad o la maternidad, por ejemplo. Tras las huellas de una antropología en pleno desarrollo, estos temas se han estudiado con mayor vigor cuanto que destruían los edificios precedentes, demasiado envarados en su sistema e ideología; allí donde la cantidad era la norma, al fin se liberaba la desmesura de lo singular y lo íntimo; allí donde una lectura marxista aportaba claves de interpretación demasiado pesadas, el historiador huía hacia el mundo abandonado de las costumbres culturales, de las formas de ser y de actuar. Simultáneamente, se efectuaba un deslizamiento insensible: demasiado preocupado por abandonar las orillas abarrotadas del marxismo, posiblemente el historiador no se daba cuenta de que ocultaba a menudo el universo que constituye el telón de fondo sobre el que se inscriben comporta-

mientos, prácticas y afectividades. No es que omitiese describir las diferencias sociales, sino que no las convertía en absoluto en uno de los resortes de su argumentación. Por otra parte ¿acaso el recorte del objeto histórico no provocaba poco a poco esta carencia?

Desmenuzada, poco apta para restituir la intensidad de las relaciones sociales, la historia de las mentalidades poco a poco ha sido sustituida por una historia de los acontecimientos relativamente clásica, salpicada por una historia de las ideas de la que dicen que está rejuvenecida. El gran debate intelectual sobre la cultura popular ha dejado el puesto a una especie de consenso tácito sobre la noción de «culturas compartidas», de la que pocos actualmente se preguntan cómo se efectuaron efectivamente los repartos, y si no sería ya tiempo de volver a plantear la cuestión de sus configuraciones. Lo mínimo que se puede decir es que muy a menudo son desiguales... y que pocas veces se han realizado en el respeto por el prójimo, dejando entrever casi siempre el deseo de dominación de un grupo sobre otro.

El desacuerdo y el enfrentamiento están en el centro de las fuentes de la policía: ¿por qué no sacar partido para hacer de la perturbación y de las rupturas una gramática que permita leer cómo unas existencias se han forjado, negado o deshecho en ellas? Difícilmente se puede separar la historia de los hombres de la de las relaciones sociales y de los antagonismos; también se puede afirmar que ciertos grupos sociales han llegado a existir solamente por el hecho de haber luchado. Asimismo, los enfrentamientos entre grupos, entre sexos o entre pueblos y élites han creado momentos de historias que han transformado su curso y cuyas formas se han de dilucidar. Sin contar con que una historia de las relaciones de fuerza también es aquella que puede tener en cuenta los sufrimientos y los engaños, las ilusiones y las esperanzas. La historia debe saber ocuparse de ellos, medir su patetismo, pensar en la imposibilidad de enumerarlos. El conflicto es un lugar de nacimiento, y lo que sucede tras él poco tiene que ver con lo que pasaba antes. Incluso mínimo o irrisorio, es decir, ritual, el conflicto es una fisura que traza «otros lugares» y crea nuevos «estados». Al historiador corresponde, no

sólo relatarlo, sino convertirlo en motor de su reflexión, fuente de su propio relato.

A veces, el archivo miniaturiza el objeto histórico: si da la medida de grandes movimientos sociales (como las huelgas, los motines, los fenómenos de la mendicidad o de criminalidad), aísla como si fuese un microscopio el ejercicio de las pasiones personales. En las palabras que los documentos retienen, la venganza, la gesticulación, el odio y la envidia, hacen su aparición, figuran en la dramaturgia de lo real lo mismo que el amor o la pena. Ello obliga a no omitir en absoluto esa parte de sombra, ese placer de la destrucción y de la muerte que habitan en el hombre; ello obliga a no dejar a un lado la «insociable sociabilidad del ser» en la que el interés de unos por la servidumbre de los otros, la astucia y la mentira luchan sin tregua con el deseo de más libertad y concordia: «La tragedia humana se inscribe en el desacuerdo fundamental de los seres con su propia carne. Escribir la historia significa levantar acta de ese desacuerdo».²⁴ Entre ultraje y perdón divagan las palabras; a través de vidas insignificantes, se oye la parte inaudible —a veces innoble— de lo humano, mientras que se sorprende la insistente melodía de las felicidades intentadas y de las dignidades conquistadas.

La atracción del archivo arraiga en esos encuentros con siluetas desfallecientes o sublimes. Oscura belleza de tantas existencias apenas iluminadas por las palabras, tan prisioneras de sí mismas como deshechas por el tiempo que las acoge.

²⁴ Cf. METTRA, «Le ventre et son royaume», *L'Arc*, nº 52, Michelet, p. 38.

ELLA ACABA DE LLEGAR

ELLA acaba de llegar; le piden una tarjeta que no tiene. Entonces le dicen que vuelva atrás, a la otra habitación, para que le hagan un pase para el día. Allí, le invitan a que presente otra tarjeta que esta vez tiene. Toma posesión de su pase, vuelve al lugar de donde viene, lo tiende al director de la sala, que lo coge. Espera a que le asigne un puesto, pero él no levanta la cabeza. Entonces, ella pregunta muy bajo dónde tiene que colocarse. El director, exasperado, le ordena que se ponga donde quiera, excepto en la primera fila, reservada a los manuscritos más antiguos. Ella obedece, elige, deja su bolso, busca una hoja, se sienta. Inmediatamente, el director la llama y todas las cabezas de la sala se levantan al mismo tiempo. Le pide que dé su número de mesa. Ella acude a decírselo después de un momento dedicado a descubrir el sitio en que se encuentra el número de su puesto. El le da una ficha de plástico rosa que lleva el mismo número que la mesa. Ella vuelve. El almacenero de guardapolvos gris sólo podrá entregarle el manuscrito que necesita y cuya signatura conoce si ella rellena una ficha blanca. No sabe dónde están las fichas y no ve nada que las señale. Observa en silencio. Las ve en un cesto de niño de plástico verde, en la primera sala donde le han pedido por segunda vez una tarjeta. Se dirige hacia allí, coge una, vuelve a su puesto, saca un bolígrafo para rellenarla por duplicado. Adivina que tiene que dejar la ficha en algún sitio y vuelve hacia el cesto de niño de la primera sala. No es ahí; ahora debe dirigirse a un pequeño escritorio, tras el cual hay un hombre, también con guardapolvos gris. Acepta su ficha, pero

también requiere el plástico rosa. Le cuesta un poco volver a su mesa, pero en seguida ve el plástico rosa entre los papeles. Vuelve con todo, ficha blanca por duplicado y plástico rosa, hacia el hombre gris, que a cambio le confía un cartón de color azul vivo que lleva el mismo número que el rosa. Ella vuelve a su puesto, se sienta y ya no se ocupa más que de una cosa, de saber si, para salir, tendrá que seguir en sentido inverso el laberinto recorrido o si el dédalo de regreso no tendrá nada que ver con el de llegada. Un escalofrío entre los hombros le recuerda que de hecho ha venido aquí para consultar un manuscrito.

Seguramente, ella martillea adrede el parquet con sus tacones altos pasados de moda, atrapados constantemente entre dos tablas mal ajustadas. ¿Por qué, desde que ha llegado, se obstina en hacer más de cinco idas y venidas infructuosas entre su mesa y los estantes donde están dispuestos los volúmenes de la gran Enciclopedia? ¿Por qué nunca se decide a colocarse en algún sitio, en esos principios de mañana?

¿Cuándo pondrán en el suelo una moqueta que amortigüe los pasos? Incluso de color feo y de mediana calidad, seguramente aliviaría a todo el mundo.

Él juega sin parar con su sortija de sello. El repiqueteo del oro contra la uña da dentera y se hace tan crispante que el rugido de los coches en la avenida proporciona un auténtico consuelo.

Lo peor es la agitación de esa joven desde hace un mes; siempre sentada en el mismo lugar, hojea a toda velocidad la obra de un filósofo en 15 volúmenes. No se preocupa por ir más despacio ni más deprisa, cada página que vuelve hiere los oídos, corta la respiración; y sin embargo, está lejos de acabar la lectura de la obra...

Hoy, el vecino de los cabellos color ceniza está acatarrado, perdido en los manuscritos sibilinos donde seguramente busca la piedra filosofal. Es la décima vez que resopla, suave, concienzudamente. Por otra parte, él es muy concienzudo, se le conoce por ello, así como por su amabilidad: es casi seguro que no dejará de resoplar. Se

pone una a vigilar sus manos: si al menos una se desliza en el bolsillo para exhumar un pañuelo, la vida se volvería fácil.

Excepto, naturalmente, si al director de la sala le da uno de sus interminables accesos de tos sibilante que desgarran el aire y lo ponen de bastante malhumor, haciéndole incluso refunfuñar contra la luz eléctrica, culpable de amenazar la buena conservación de los manuscritos. La sala está a oscuras.

El silencio de una sala de archivo es más violento que cualquier algarabía de patio de escuela; sobre un fondo de recogimiento de iglesia, recorta, aísla implacablemente los murmullos de los cuerpos, lo cual los hace al mismo tiempo agresivos y perniciosamente ansiógenos. Una respiración algo fuerte pronto se relaciona con un resoplido agónico, mientras que una ligera costumbre (frotarse la nariz en señal de meditación intensa, por ejemplo) se transforma en tic monstruoso, que habría que tratar urgentemente en un hospital psiquiátrico. Todo se amplifica desmesuradamente, y sin motivo, en esos espacios cerrados, y el mismo vecino puede transformarse tanto en carro de asalto de la guerra del 14 como en sonrisa de Reims. Efectivamente, aseguran que hay gente que trabaja desde hace años con una sonrisa interminable en la comisura de la boca; ese detalle agradable, es decir, amable, puede acabar por petrificar al más paciente de los lectores que buscará desesperadamente un medio discreto para ver cómo se borra ese rictus. Lo extraño (un inofensivo vaso de agua ostensiblemente colocado sobre la mesa donde acaba de instalarse un investigador americano), el más mínimo aspecto poco habitual, el gesto normalmente sin importancia (una vecina que retuerce desagradablemente una fea mecha rojiza) adquieren en esos lugares un relieve tal que roza lo fantástico, poblando la sala de lectura de individuos exóticos de los que ninguna etnología podrá dar cuenta, o de seres devastados por la locura reunidos allí para desgracia de uno sólo.

La que mira y escucha ese paisaje de catástrofe sabe que el cordón de su zapato desatado está en camino de obnubilarse a su vecino hasta el punto de hacer que la considere una víbora. Un vecino no es un enemigo, pero todo

vecino tiene algo que intriga. Los documentos que consulta, por ejemplo, dan unas ganas furiosas de adivinar en qué trabaja, a no ser que un detalle de su persona atraiga maquinalmente la atención. El silencio de una sala de archivo está fabricado con miradas que se fijan sin ver o enfocan como ciegos. Nadie escapa a ese vagabundeo de los ojos, ni siquiera el más obstinado de los lectores de rostro sombrío por el trabajo. Las largas filas de estudiosos en las que las espaldas se encorvan y se traicionan los zurdos no ofrecen nada para descansar del esfuerzo. El reposo se toma sin pensar en ello, insensiblemente los ojos se detienen sobre un rostro desconocido, se incrustan en un pómullo o un rizo deshecho. La insistencia de una mirada hace alzar la cara, los ojos se cruzan sin razón pero sin separarse demasiado rápido. Volverse de golpe es una respuesta, mantener la mirada, un reto.

En las salas de los archivos, los susurros rizan la superficie del silencio, los ojos se pierden y la historia se decide. El conocimiento y la incertidumbre mezclados se ordenan en una ritualización exigente en la que los colores de las fichas, la austeridad de los archiveros y el olor de los manuscritos hacen de balizas en un mundo siempre iniciático. Más allá de las instrucciones de uso, siempre ubescas, se encuentra el archivo. A partir de entonces comienza el trabajo.

LOS GESTOS DE LA RECOLECCIÓN

Lo anteriormente escrito puede dar fe para algunos de una manera ingenua y pasada de moda de considerar el archivo. Esa forma apasionada de construir un relato, de establecer una relación con el documento y con las personas que muestra, puede aparecer como el indicio de exigencias actualmente desaparecidas que ya no corresponden a una época intelectual, al mismo tiempo más tradicional —léase conservadora— y menos ligada a la descripción de lo cotidiano. ¿Qué atractivo conserva el archivo cuando todo, o casi todo, ha sido ya dicho por otros sobre la belleza del gesto, el diálogo con los muertos, el tener en cuenta a los anónimos y a los olvidados de la historia?²⁵ ¿Cuando, en el momento actual, esas formas de aprehender el pasado provocan la sonrisa, o, en el mejor de los casos, parecen vestigios en una historiografía sobre la que reflexionan sabiamente ciertos intelectuales?

El atractivo se mantiene, lo adivinamos. La inclinación por él no debe confundirse con una moda que enseguida se volvería caduca; está entretrejida con una convicción: el espacio ocupado por la conservación de los archivos judiciales es un lugar de palabras captadas. No se trata de descubrir en él, de una vez por todas, un tesoro enterrado que se ofrece al más listo o al más curioso, sino de ver en él un zócalo que permite al historiador buscar otras formas del saber que faltan al conocimiento.

²⁵ Entre otros, por R. Mandrou y M. de Certeau, pasando, por ejemplo, por Ph. Ariès, M. Foucault y J. Rancière.

El archivo no es un depósito del que se extrae por placer, es constantemente una carencia. Una carencia semejante a la que describía Michel de Certeau a propósito del conocimiento, cuando lo describía así: «Aquello que no cesa de modificarse a causa de una carencia inolvidable». Por mucho que existan millares de legajos de demandas, que las palabras que se debe reflejar parezcan no agotarse nunca, paradójicamente, la carencia opone su presencia enigmática a la abundancia de documentos. Las frases que el escribano copió producen la ilusión de que se puede conocer todo, y es una equivocación; su profusión no es sinónimo de conocimiento. Evidentemente, es ésta lo que debería convencer al historiador de que los indicios aquí reunidos son literalmente incalificables, y de que él mismo es incapaz de comprender las razones de quienes se encontraron inmovilizados en el documento. En el siglo xviii, el archivo no falta, crea un vacío y una carencia que ningún saber puede colmar. Utilizar hoy el archivo significa traducir esa carencia, significa en principio examinarlo.

«EXAMINAR»

El contacto con el archivo comienza con operaciones simples, entre otras, el hacerse cargo manualmente de los materiales. El examen —término agradablemente evocador—* obliga a una serie de gestos, y, la operación intelectual decidida al principio, por compleja que sea, no puede evitarlos en ningún caso. Son familiares y simples, depuran el pensamiento, pulen el sentido de la sofisticación y agudizan la curiosidad. Se efectúan sin prisas, necesariamente sin prisas; nunca se explicará suficientemente hasta qué punto es lento el trabajo de archivo, y cuán creativa puede ser esa lentitud de las manos y el espíritu. Antes incluso que creativa, es ineluctable: nunca se acaba de consultar los legajos uno tras otro; aun cuando estén limitados cuantitativamente por los sondeos preparados

* El verbo francés *dépouiller* además del significado de «analizar», «examinar», tiene el sentido de «desnudar», «quitar la ropa». [N. de la T.].

de antemano y calculados minuciosamente, exigen una gran paciencia del lector.

Paciencia en la lectura: se recorre el manuscrito con la vista a través de no pocos obstáculos. Se puede tropezar con los defectos materiales de un documento: los cantos raídos y los bordes estropeados se comen las palabras; lo que está escrito al margen (inspectores y jefes de policía anotan fácilmente el documento que reciben de un observador o de un comisario) a menudo es ilegible, una palabra que falta deja el sentido en suspenso; a veces las partes superior e inferior del documento han sufrido daños y las frases han desaparecido, si no es en el pliegue (no pocos documentos fueron enviados en misivas al jefe superior o a otra persona) donde se encuentran los rotos, es decir, las ausencias.

Las intemperies no son buenas conservadoras: en los Archivos de la Bastilla,²⁶ algunos documentos permanecieron en subterráneos húmedos y absorbieron las filtraciones de las lluvias antes de que los inventarian y clasificaran cuidadosamente. Ello hace su lectura difícil, con palabras desaparecidas, borradas o medio borradas: el velo del tiempo las ha difuminado. También es posible que el documento conservado fuese arrancado directamente de un soporte inicial que lo mantenía en buen estado, como los panfletos y libelos despegados de las paredes de la ciudad por una policía del siglo xviii empeñada en que nada subversivo quedase fuera. En la Biblioteca de l'Arsenal, una caja contiene algunos de esos jirones de carteles prohibidos. Si se quiere, se puede hablar de restos, si bien el término tiene una connotación demasiado fúnebre para tantas alegres elucubraciones y escenas desverguenzas. Al abrir la caja²⁷ y al extender sobre la mesa palabras prohibidas pegadas rápidamente sobre las fachadas urbanas, emprendemos un viaje barroco al país de las denuncias, de las invectivas, de las mezquindades y de las esperanzas políticas. Panfletos en trozos, destrozados por el placer de la censura, desgastados por el tiempo, en general fueron recogidos para perseguir a la caterva de sus

²⁶ Todos conservados en la B.A.

²⁷ A.B. 10019.

autores clandestinos, diseminados por la ciudad. Hoy, son insignificantes cuerpos del delito, completamente agujereados.

Algunos están impresos y cuidadosamente compuestos, adornados con grabados; la mayor parte son manuscritos, escritos en mayúsculas hechas con grandes trazos rígidos, para que no se reconozca la escritura. Es la pequeña multitud de las anónimas denuncias vengativas, de las calumnias audaces y ásperas, que intentan denigrar al vecino, o mejor a la mujer de éste, blanco al mismo tiempo más fácil y más apropiado. Escritas con una pluma defectuosa sobre un papel malo, conservan, a pesar del tiempo, prisa, odio y torpeza, así como una improbable ortografía fonética. Todas, o casi todas, han conservado los estigmas de su período mural: se percibe en las yemas de los dedos la rugosidad del grano de la piedra que ha quedado pegada a la cola de antaño, más bien tosca y harinosa. Recuerdo digital del archivo.

Hay manuscritos perfectamente conservados y legibles, pero de difícil lectura. En general, la escritura del siglo XVIII no presenta las mismas dificultades de interpretación que la de finales del siglo XVI o principios del XVII; sin embargo, surgen obstáculos imprevisibles. Un simple asunto denominado criminal,²⁸ a causa de ello, retuvo nuestra atención durante mucho tiempo. Interesante por su contenido, inmediatamente coloca al lector en una situación de extrañeza: el documento, aunque bien escrito, es ilegible en sí mismo con el único recurso de la vista. Estamos en 1758, un año después de la ejecución de Damiens, el regicida de Luis XV: el suceso ha hecho posible la muerte del rey, y la imaginación social se apasiona por esta parte inaudible y ahogada²⁹ del cuerpo social. Un sirviente de casa media, Thorin, trastornado por la muerte de su amante, la señora de Foncemagne, se despierta una noche, deshecho, por haber oído cómo ésta le ordenaba que ayunase y rezase y le confiaba un secreto. Asegura a sus amigos sirvientes, que no han visto ni oído nada, que

²⁸ Asunto Thorin, 1758, A.B. 12023.

²⁹ P. RETAT, *L'Attentat de Damiens. Discours sur l'évènement au XVIII^e siècle*, Presses Universitaires de Lyon, 1979.

el ha «visto y oído», y, simultáneamente, se queda sordo y mudo. A partir de esa noche de noviembre de 1758, en que su vida se tambalea, Thorin responde por escrito a los interrogatorios de jueces, obispos y médicos, después de haberse enterado, por escrito, de las preguntas que le hacen.

El asunto es importante pues Thorin revela su secreto: le han ordenado que asesine al rey, y, en prueba de la monstruosa orden, se ha quedado sordo y mudo. El asunto dura veinte años, durante todo ese tiempo Thorin permanece en la Bastilla, hasta que la locura se apodera completamente de él. Es una larga historia, de desarrollo interesante para aquellos a quienes interesa la noción de orden público enfrentada a la imaginación colectiva de una sociedad en plena ruptura con sus reyes.

Larga historia y, además, difícil de descifrar: efectivamente, Thorin escribe centenares de páginas a lo largo de los veinte años de investigación y prisión. Escribe del mismo modo que habla; así pues no escribe, sino que reproduce sobre el papel sonidos que forman frases. No los sonidos que forman palabras, eso sería demasiado simple, sino los que forman frases o fragmentos de razonamiento. Naturalmente sin puntuación, pero sobre todo, cortes, inesperados espacios en blanco entre dos sílabas de una misma palabra, o bien uniones desordenadas, fuera del espacio delimitado de la ortografía.

La sorpresa es total, la lectura, difícil, incluso imposible: la vista no sirve para nada; para llegar a descifrar, hay que pronunciar en voz baja, susurrar los fragmentos escritos. Y eso en plena sala de lectura, en el habitual silencio que llena esos lugares. La experiencia es extravagante, no por la ruptura del silencio que hace que los vecinos vuelvan la cabeza, sino por la aparición del sentido, sonido tras sonido, como si se tratase de una partitura musical, como si el sonido otorgase su sentido a las palabras. El ritmo es sincopado, los cortes no tienen lugar en los lugares convenientes, se transcriben los enlaces de la pronunciación. Nada se parece a nada, si no fuese porque al articular, la boca libera a la escritura de su opacidad: «faul fe re direse tou levin oui une maisse pour le sarme du bougatoire jenay gamay conu votre a ta chemant jusqua

prisan. Je vous prie de me laissez entreprendre la messe de ma conaissance» (il faut faire dire tous les 28 une messe pour les âmes du Purgatoire, je n'ai jamais connu votre attachement jusqu'à présent, je vous prie de me laisser entre personnes de ma connaissance. [Hay que hacer decir todos los 28 una misa por las almas del Purgatorio, nunca hasta ahora había conocido vuestro afecto, os ruego que me dejéis entre personas que conozca]). Más adelante, una larga confesión escrita de Thorin obliga al mismo ejercicio: «Jamais ne pourrai dire que jaye faissa pour faire de la peine à mon maître ou à mes camarades, a tendu que de le premier moment je dis à levec de Soison que je ne croyé pas qui fus person de la moisson que sa fesoit des forbrave gent que jenedé jamai di dumal [...] Je me pensé a un crime si gran que jene vouloi dir que poremi mon ameandagé dabitere avec ste femme; le mal n'est pas si gran couche avec une fame mais un pauvre domaisse qui done dans le fame il se exposé a bien déchos» (Jamais je ne pourrai dire que j'ai fait cela pour faire de la peine à mon maître ou mes camarades, attendu que dès le premier moment j'ai dit à l'évêque de Soissons que je ne croyais pas que ce fut personne de la maison que c'était de fort braves gens et que je n'en ai jamais dit du mal [...] Je n'ai jamais pensé à un crime si grand que je ne voulais dire que j'aurai mis mon âme en danger d'habiter avec cette femme; le mal n'est pas si grand de coucher avec une femme mais un pauvre domestique qui donne dans les femmes s'expose à bien de choses. [Nunca podré decir que hice eso para causar pena a mi amo o a mis compañeros, teniendo en cuenta que desde el primer momento dije al obispo de Soissons que no creía que fuese nadie de la casa que eran muy buenas personas y que nunca dije mal de ellos [...] Nunca pensé en un crimen tan grande no hubiese dicho que ponía mi alma en peligro al vivir con esa mujer, no es un gran mal acostarse con una mujer pero un pobre sirviente que tropieza con las mujeres se expone a no pocas cosas]). En su delirio, Thorin se inquieta de que Dios le haya castigado por haber amado a una mujer casada.

Recuerdo sonoro del archivo; evocación evidente del papel de la entonación de la voz, tan importante, por ejemplo, en la literatura oral. Las páginas escritas por Thorin

contienen una voz, una entonación, un ritmo: descubren una cultura sonora que pocos archivos pueden mostrar. Posiblemente Thorin fuese un iletrado, sin embargo la mediocridad caligráfica de sus escritos transmite algo que ningún texto puede dar, la forma como eran pronunciados, articulados.

Así hay que descifrar, con esos gestos lentos en los que se esfuerzan las manos y los ojos. Aún cuando no es demasiado difícil, sigue sin ser cómodo, pues las piezas del proceso son largas y los interrogatorios se inician obligatoriamente con sempiternos enunciados jurídicos. En cuanto a las notas de la policía, son oscuras o se extienden interminablemente en digresiones cenagosas. Lo esencial no aparece de entrada, si no es en un descubrimiento excepcional; así pues, hay que leer, volver a leer, enfangado en un pantano que ninguna brisa distrae excepto si se levanta viento. Lo cual sucede a veces, cuando uno menos se lo espera.

A partir de esa lectura obstinada se organiza el trabajo. No es cuestión de decir aquí cómo hay que hacerlo, sino simplemente cómo puede suceder que se haga. No existe un trabajo tipo o un «trabajo que se tiene que hacer así y no de otra forma», sino operaciones que se pueden contar ágilmente, distanciándose de esa manía casi cotidiana de «ir al archivo».

Se empieza suavemente por manipulaciones casi banales en las que finalmente se piensa pocas veces. Sin embargo, al realizarlas, un nuevo objeto se fabrica, se constituye una forma diferente de saber, se escribe un nuevo «archivo». Al trabajar, se reutilizan formas existentes, intentando ajustarlas de manera distinta para hacer posible otra narración de lo real. No se trata de volver a empezar, sino de comenzar de nuevo, redistribuyendo las cartas. Y ello se hace de forma insensible, yuxtaponiendo una serie de gestos, tratando los materiales con juegos simultáneos de oposición y de construcción. A cada juego le corresponde una elección, prevista, o que sobreviene subrepticamente, casi impuesta por el contenido del archivo.

JUEGOS DE APROXIMACIÓN Y DE OPOSICIÓN

Una vez leído, al principio el archivo se deja a un lado,³⁰ con el simple gesto de copiar o de fotocopiar. Se puede dejar a un lado reuniendo lo mismo, coleccionando, o por el contrario aislando, y todo depende del objeto estudiado.

Si se trata, por ejemplo, de estudiar cierto tipo de criminalidad o de delito, el primer gesto consiste en extraerlo del lote, en el interior de un periodo definido de antemano. Si se escoge estudiar más bien un tema amplio (la mujer, el trabajo, el Sena...), en principio es necesario extraer de todo documento lo que se refiere al objeto. Entonces, se pueden atravesar largas series de documentos (notas de la policía, demandas o conflictos de corporación) y aislar aquello que se necesita. Es una manipulación ligeramente diferente a la primera; de todos modos, una forma nace por acumulación; se estudia en el detalle, sin olvidarse de establecer las posibles diferencias con otros temas.

El trabajo es simple; consiste en analizar, y más tarde en recoger cierto tipo de documentos: la serie, organizada así, hace de objeto de la investigación. Infantiles en apariencia, esos gestos se apartan por primera vez de lo real, aunque sólo sea por la operación de clasificación que exigen, y la focalización precisa sobre el tema muy particular (embriaguez, robo o adulterio) crea una mirada específica que merece una explicación, pues el espacio se redistribuye forzosamente a partir del objeto investigado.

A menudo el análisis remite a una cosa diferente de sí mismo: por ejemplo, se puede decidir estudiar el delito de juego considerando que esta actividad del siglo XVIII ayudará a comprender las relaciones entre la policía, el mundo de los libertinos, la aristocracia y las finanzas; o bien se puede examinar un tipo muy particular de robo, porque lo consideramos representativo de las preocupaciones de un siglo y deseamos profundizar en los fenómenos de la pobreza y de la miseria. Podemos detenernos en

³⁰ M. DE CERTEAU, *L'écriture de l'histoire*, Gallimard, París, 1975.

las peleas callejeras y las riñas de taberna comprobando la hipótesis según la cual la violencia es una de las claves de la sociedad urbana, o bien tomar en cuenta el crimen de adulterio para afinar el estudio de las relaciones entre lo masculino y lo femenino. Sea cual sea la finalidad, en este caso la investigación se efectúa a partir de lo mismo, de lo aparentemente idéntico, y la colección de textos reunidos será tratada a continuación intentando romper el juego de los parecidos para encontrar lo diferente, es decir, lo singular.

RECOGER

En plena recolección, no hay forma de prescindir de algunas informaciones, pues lo importante es contar con el conjunto de los datos sobre la cuestión, naturalmente dentro de unos límites cronológicos y espaciales establecidos de antemano. En cambio, para seleccionar lo mismo, la mirada no puede dejar de detenerse en lo diferente, aunque sólo sea para saber si realmente no tiene que preocuparse de ello.

A menudo, en ese rápido recorrido aparecen las sorpresas: un archivo inesperado, fuera del campo al cual nos dedicamos, hace tambalearse la monotonía de la colección. Diferente, locuaz o sugestivo, ofrece con su singularidad una especie de contrapunto a una serie que se establece. Divaga, disiente, ofrece nuevos horizontes de conocimiento, aporta una cantidad de informaciones que en absoluto nos esperábamos en el habitual caudal del análisis. Puede adoptar toda clase de formas, unas divertidas, otras instructivas, o las dos cosas al mismo tiempo. Un día teníamos que investigar en la serie Y de las demandas al comisario realizadas ante el Pequeño Criminal (conservadas en los Archivos nacionales), todo cuanto se refería a los hechos violentos entre 1720 y 1775. Un sondeo decidido previamente obligaba a analizar un mes de demandas en cada uno de los años escogidos. Nunca se acababa de hojear las demandas, clasificadas cronológicamente, y las violencias reunidas así empezaban a formar largas listas, mientras llenaban numerosas fichas. Entre dos demandas, una

mañana de cansancio, un papel parecía diferente al tacto. Recuerdo táctil del archivo.

La sensación había precedido a la vista; además, el papel en absoluto era del mismo formato que todos los anteriormente consultados. Ruptura del gesto y de la copia en curso. Es una carta, una carta extraviada: leerla maquinalmente, por la costumbre de fijar la vista sobre papel descolorido. Comprendemos que se trata de una carta escrita por un comisario a un colega.

Sonrisa y asombro; leemos: «querido amigo, no soy cruel, si tu mujercita no lo fuese más que yo serías cornudo a partir de esta noche pues te confesaré que pone terriblemente en movimiento a la naturaleza en mi casa y no dudo que produce el mismo efecto en casa de los demás, bromeo pero hablemos seriamente, haré lo que pueda para estar en tu casa esta noche temprano, me has avisado algo tarde y tengo más de treinta invitaciones para hoy. Adiós. Besa a tu mujercita de mi parte, cuando le robo besos, siempre los tomo en la barbilla o sobre los ojos o en la mejilla pero tú pillito tienes el cantón de reserva, un beso, mil besos en la mejilla o los ojos de tu mujer valen la mitad de los que tu robas en su boca, que me lleve el diablo, me gusta esa boca, adiós».³¹ Besos robados, carta sin fecha, signatura Y 13728; inmediatamente copiar todos los términos de ese mensaje medio amistoso, medio licencioso. Inclasificable, este texto, y sin embargo, tan valioso. Más tarde, si más tarde, nos preguntaremos si esa clase de ágil misiva es o no un objeto cultural, una manera normal de dirigirse a los demás, en aquel siglo XVIII de fulgores libertinos. Nada apremia y poco importa hoy para qué servirá el archivo; lo urgente es recoger esa palabra viva, sin fecha, suspendida entre muy serios asuntos policiales. Pícaro archivo.

Más tarde, habíamos decidido poner aparte los archivos de un magistrado de un barrio muy popular (el comisario Hugues, barrio de les Halles)³² y estudiar exhaustivamente sus notas y su colección de demandas, infor-

³¹ A.N., Y 13728 s.f.

³² A.N., Y 10999 a Y 11032, comisario Hugues, barrio de Les Halles, 1757 a 1788.

maciones y sentencias, a fin de comprender mejor los fenómenos de sociabilidad parisina, durante todo el período de su ejercicio profesional, es decir, entre diciembre de 1757 y junio de 1788. Treinta y un años. Aquí, no hay que separar nada, hay que almacenarlo todo; una vez más, una infinidad de demandas, y el embrutecimiento que se anuncia.

Un «regalito del archivo» aparece de propina: con fecha de 18 de enero de 1766,³³ se interpone una demanda a propósito de una disputa, en la plaza de les Victoires, entre un señor y un cochero de punto, uno de cuyos caballos ha sido herido por una estocada. Nos enteramos de que Paul Lefèvre, de profesión cochero, ha visto «un cabriolé con un sólo caballo en el cual había un señor que ha sabido que era el marqués de Sade y su criado»; y de que él se ha parado para dejar que bajase su cliente, lo cual impedía al cabriolé continuar su camino. A continuación, se ha producido una disputa; el marqués de Sade, que había bajado, asesta estocadas contra los caballos y una de ellas perfora el vientre de un caballo».

El asunto se arregla amistosamente: el marqués de Sade —pues efectivamente se trata de él— paga 24 libras «en pago por el caballo herido» y por el tiempo de su cura. En la parte inferior de la pieza judicial, está estampada la firma del marqués. Inesperado placer el de encontrarse de pronto a Sade atascado en la plaza de les Victoires, entre un cochero y su cabriolé; es como atrapar al vuelo a un personaje que en principio pertenece a la literatura y a los fantasmas. He aquí al marqués sorprendido en lo que fue su reputación: violencia gratuita, con el extremo de la espada clavado en el vientre de un caballo que no podía más. Este detalle sin importancia confirma tanto el carácter maldito del personaje que llegamos a dudar del demasiado bello descubrimiento, de la sorprendente coincidencia.

Evidentemente, podríamos citar muchos ejemplos más de este tipo, encontrados al azar, que hacen que nos desviemos de la ruta marcada del análisis, pero también tenemos que añadir que el archivo no tiene que ser nece-

³³ A.N. Y 11007^A, comisario Hugues.

sariamente divertido para extraviar al lector. Hay documentos «apacibles», normales, que desvían y conducen a donde nunca habíamos decidido ir ni siquiera comprender. Posiblemente, esto significa dejarse impregnar por el archivo, permanecer lo suficientemente disponible a las formas que contiene, a fin de notar mejor aquello que *a priori* no era importante. Se puede objetar a esto que la impregnación no es en absoluto un método científico, que la palabra misma es de una vaguedad enormemente ingenua, y que en este juego casi infantil pueden deslizarse fácilmente en la investigación defectos de interpretación. Naturalmente. Sin embargo tenemos ganas de contestar con una metáfora, aún sabiendo que agravamos el caso: el archivo es semejante a un bosque sin claros; al permanecer en él mucho tiempo, los ojos se acostumbran a la penumbra, se entrevé la linde.

TRAMPAS Y TENTACIONES

Sucede insensiblemente, sin que nos fijemos casi; la predilección por el archivo puede sobrevenir de tal forma que no nos ponemos en guardia, no vemos ni las trampas que tiende ni los riesgos que se corren al no imponerle una cierta distancia.

Una vida no bastaría para leer la totalidad de los archivos judiciales del siglo XVIII; en vez de desanimar, esta evidencia estimula las ganas de consultarlos, incluso en desorden, o sin una finalidad definida. Por el placer de verse sorprendida, por la belleza de los textos y el exceso de vida que se ofrece en tantas líneas ordinarias. Sin duda, el deseo de no olvidar esas historias de vida y de comunicárlas no es un grave defecto. Hay tanta felicidad en acumular una infinidad de precisiones sobre miles de anónimos desaparecidos hace mucho tiempo que casi olvidamos que escribir la historia supone otro ejercicio intelectual en el cual ya no basta la restitución fascinada. A pesar de todo, entendendámonos: si ésta no basta, al menos es la base sobre la que se puede fundar el pensamiento. La trampa se limita solamente a esto: ser absorbida por el archivo hasta el punto de no saber ya cómo interrogarlo.

Sea cual sea el proyecto a que obedecemos, el trabajo de archivo obliga forzosamente a unas operaciones de selección, de separación de los documentos. La cuestión está en saber qué seleccionar y qué abandonar. A veces, sucede que, a causa de sus hipótesis, el historiador ya ha escogido lo que va a recoger y apartar; sin ningún género de duda, esto le priva de disponibilidad, es decir, de la aptitud para almacenar aquello que no parece inmediatamente necesario y que, más tarde —nunca se sabe—, podría resultar indispensable.

¿Cómo decidir entre lo esencial y lo inútil, lo necesario y lo superfluo, entre un texto significativo y otro que consideraremos repetitivo? En realidad, no hay método válido, ni reglas estrictas que haya que seguir cuando dudamos en la elección de un documento. De hecho, los pasos son semejantes a los del vagabundo,³⁴ cuando se busca en el archivo aquello que está sepultado en él como huella positiva de un ser o de un acontecimiento, sin dejar de permanecer atento a lo que huye, a lo que se sus trae y se hace, a lo que notamos como ausencia. La presencia de un archivo y su ausencia son signos que hay que poner en duda, es decir, en orden. En este camino poco frecuentado, hay que desconfiar de una identificación siempre posible con los personajes, las situaciones o las formas de ser y de pensar que los textos ponen en escena. «Identificación» significa esa forma insensible pero real que el historiador tiene de sentirse tentado solamente por aquello que puede apoyar sus hipótesis de trabajo decididas de antemano. Si no se trata de ese extraño azar que hace que solamente se descubra lo que se busca y que, milagrosamente, parece ajustarse al deseo inicial y profundo del historiador. Hay mil formas solapadas de identificarse con un objeto de estudio. Puede llegar hasta no reconocer diferencias, excepciones o contradicciones que no subrayen la belleza de la hipótesis de partida que hace tiempo que soñamos con establecer sólidamente. Esta simbiosis cegadora con el objeto escogido es en cierta medida inevitable, confortable, y a menudo indiscernible para aquél que

³⁴ C. GINZBURG, C. PONI, «La micro-histoire», *Le Débat*, nº 17, diciembre, 1981, p. 133.

la practica. Inevitable, porque no existe ningún historiador que pueda decir razonablemente que su elección no ha estado en absoluto orientada, poco o mucho, por una dialéctica del reflejo o del contraste consigo mismo. Sería una mentira. Confortable, porque identificarse, de la forma que sea, aporta un alivio. Peligroso sin embargo, porque ese juego de espejos bloquea la imaginación, detiene la inteligencia y la curiosidad, manteniéndose confinado en senderos estrechos y opresivos. Identificarse significa anestesiar el documento y la comprensión de él que podemos tener.

Se debe mantener la vigilancia para que una lucidez siempre despierta actúe como parapeto contra la ausencia de distancia. Quede bien claro que esta «ascesis» no excluye el intercambio entre el archivo y su lector, ni tampoco la empatía. El intercambio no es fusión, ni abolición de las separaciones, sino el necesario reconocimiento de la extrañeza y de la familiaridad del otro sin la cual no existe cuestionamiento inteligente y, por tanto, eficaz. El intercambio exige la confrontación. Por otra parte, sucede muy a menudo que los materiales se resisten, presentando al lector su faceta enigmática, léase sibilina. Cuando la investigación choca con la opacidad de los documentos, y el archivo ya no declina fácilmente los trazos gruesos y los débiles de un cómodo «así era puesto que está escrito», el trabajo puede comenzar realmente. Buscando en primer lugar lo improbable que los textos contienen, lo incoherente, pero también lo irreductible a las interpretaciones demasiado cómodas. Cuando, por el contrario, el archivo parece dar fácilmente acceso a lo que esperamos de él, el trabajo aún es más exigente. Hay que librarse con paciencia de la «simpatía» natural que sentimos por él, y considerarlo como un adversario contra el cual luchar, un trozo de saber que no se anexiona sino que molesta. No es fácil librarse del exceso de comodidad de encontrarle un sentido; para poder conocerlo, hay que desaprenderlo, y no creer reconocerlo desde la primera lectura.

También puede suceder que el archivo sea muy loquaz, y que a propósito de tal o cual tema despliegue ante la vista del lector una infinidad de indicaciones nuevas, juiciosas y detalladas. Cuando el documento se anima has-

ta el punto de hacer creer que se basta a sí mismo, inevitablemente surge la tentación de no apartarse de él y de hacerle un comentario inmediato, como si la evidencia de su enunciado no tuviese que ser nuevamente interrogada. Esto da una escritura de la historia, descriptiva y plana, incapaz de producir otra cosa que el reflejo (es decir el calco) de aquello que fue escrito hace doscientos años. El relato de la historia se convierte en una glosa aburrida, en un comentario positivista en el que los resultados presentados no han pasado por la criba de la crítica.

A menudo, la cita acude en auxilio de la escritura; una vez más es preciso reflexionar sobre su utilización para que no aparezca ni como una facilidad ni como un medio engañoso de aportar pruebas allí donde sería necesario un razonamiento. La cita jamás puede ser una prueba, y es sabido que casi siempre es posible proporcionar una cita contraria a la que se acaba de escoger. La cita tiene tanto encanto que es difícil resistirse a ella; el encanto de lo extraño, el de la mezcla de justeza y exotismo de la lengua de antaño, y también el de la confesión. Cuando se cita, implícitamente se confiesa que no es posible encontrar palabras mejores o composiciones de frases más pertinentes que las descubiertas en el archivo. O bien se oculta una especie de impotencia para reflexionar más allá, aprovechando al máximo el estatuto de verosimilitud, léase de veracidad, que toda cita impone.

De hecho, la cita debería corresponder a un trabajo de incrustación; además, solamente adquiere relieve y sentido si realiza una función que nada puede reemplazar. Se pueden ver en ella tres funciones principales. Es eficaz, por ejemplo, cuando pone en escena una nueva situación a través de la fuerza abrupta de su expresión; en ese caso sirve de incentivo y hace progresar el relato. También puede surgir como una sorpresa que tiene como misión sorprender, desplazar la mirada y romper las evidencias; es la cita-ruptura, la que permite al historiador desviarse, deshacerse de sus manías eruditas y académicas en las que se demuestran sin esfuerzo los éxitos y fracasos de los demás. Entonces, la cita rompe el relato; las palabras entre comillas recuerdan que a veces de nada sirve sustraerse al universo de las palabras en donde toma for-

ma la experiencia humana. ¿Cómo no atribuirle otra función, sin duda menos altanera, más perezosa? A veces, la cita concede un descanso en la tensión de un texto, propone una pausa, un espacio quizá. No se trata de añadir texto al texto, ni de mostrar cómo se decían «verdaderamente» las cosas antaño, sino de modular la escritura del relato a través de estallidos de imágenes, de salpicarlo con el surgimiento de otras personas. Suspendida, la cita funciona como si se diese el alto; como una nota blanca que permite que las palabras habitualmente razonables del historiador se muevan de forma diferente a su alrededor. Al final de una frase, de un párrafo o de un capítulo, puede construir silencio alrededor de lo instantáneo de su irrupción. Y así es. La historia nunca es repetición del archivo, sino desinstalación con respecto a él, e inquietud suficiente para interrogarnos sin cesar sobre el porqué y el cómo de su aparición sobre el manuscrito. Despedirse del archivo durante un tiempo, a fin de reflexionar sobre su único enunciado; más tarde, agavillararlo todo: aquél que siente la atracción del archivo necesita esos gestos alternados de exclusión y de reintegración de los documentos en los cuales la escritura, con su estilo, se une a la emergencia del pensamiento.

Riesgo de hundimiento y de identificación, de mimetismo y de insípida glosa, he aquí unas cuantas trampas que el archivo tiende. Hay otra, causada por el entorno, bien sea próximo o lejano. Indudablemente, el archivo contiene multitud de historias, de anécdotas, y a todos nos gusta que nos las cuente. Aquí, miles de destinos se cruzan o se ignoran, poniendo de relieve multitud de personajes con pasta de héroes, con perfil de Don Quijotes abandonados. Si bien no son ni una cosa ni otra, sin embargo, sus aventuras tienen un color de exotismo. En todo caso, para muchos, la novela es posible, mientras que para algunos es el medio ideal para liberarse de la opresión de la disciplina, haciendo vivir al archivo.

Evocada a menudo, esta posibilidad no es, de hecho, una trampa ni una tentación. No lo es el argumento según el cual la novela resucita al archivo y le da vida. El novelista hace una obra de ficción; que el decorado sea «histórico» y los personajes surjan de siglos pasados no

cambia mucho el hecho. Efectivamente, se puede animar, con talento o sin él, a hombres y mujeres del siglo xviii, produciendo en el lector connivencia y un gran placer, pero no se trata en absoluto de «hacer historia». Naturalmente, resulta indispensable el conocimiento de los archivos para preservar la autenticidad del drama, pero la vida que el novelista insufla en sus protagonistas es una creación personal en la que el sueño y la imaginación se alían con el don de la escritura para captar al lector y arrastrarlo a una aventura muy específica.

En historia, las vidas no son novelas, y para aquellos que escogieron el archivo como lugar desde el que se puede escribir el pasado, el reto no está en la ficción. Cómo explicar, sin fanfarronear y sin ningún desprecio hacia la novela histórica, que si hay que rendir cuentas por tantas vidas olvidadas, laminadas por los sistemas políticos o judiciales, es a través de la escritura de la historia como hay que hacerlo. Cuando el prisionero de la Bastilla, encerrado por haber repartido panfletos, escribe a su mujer sobre un trozo de su camisa y ruega a la lavandera que no falle a su llamada de esperanza, es necesario que el escritor de la historia no lo haga surgir como un héroe de novela. En cierto modo, ello sería una traición, aunque sólo fuese porque inmediatamente se lo asimilaría a otros héroes, uno de cuyos estatutos principales es el haber sido puesto en acción y manipulado por el autor.

El prisionero de la Bastilla, cuyas singulares huellas se encuentran en el archivo, es un sujeto autónomo, al que no ha forjado ninguna imaginación; su existencia descubierta, para adquirir relieve y sentido, debe integrarse, no en una novela, sino en un relato capaz de restituirlo como sujeto de la historia, en una sociedad que le ha prestado las palabras y las frases. Si debe «adquirir vida», no debe hacerlo en un fábulas, sino en una escritura que haga perceptibles las condiciones de su irrupción y que trabaje la oscuridad de sus días lo más cerca posible de lo que la produjo. Único y autónomo (a pesar de los efectos del poder), el prisionero de la Bastilla, fugitivo que atraviesa el archivo, es un ser de razón, hecho discurso, a quien la historia debe tomar como interlocutor.

Por mucho que se denuncien las trampas del archivo o las tentaciones que contiene, no hay que hacerse ilusiones. La pasión del archivo no impide las emboscadas. Sería una inmodestia el creerse a salvo porque las hemos descubierto.

PALABRAS CAPTADAS

El archivo judicial muestra un mundo fragmentado: como es sabido, la mayor parte de los interrogatorios están constituidos por preguntas de respuestas a menudo con lagunas o imprecisas, con un hilo conductor poco visible la mayor parte del tiempo.

Además, cuanto más nos interesamos por el archivo, más expresivas se vuelven esas irrisorias demandas a propósito de acontecimientos irrisorios, en las que unos se pelean por una herramienta robada y otros por un agua sucia caída sobre su ropa. Signos de un mínimo desorden que ha dejado huellas puesto que dio lugar a informes y a interrogatorios, esos hechos íntimos en los que no se dice casi nada, y en los que, sin embargo, tantas cosas rezuman, son lugares de investigación y búsqueda.

Los acontecimientos son minúsculos, los incidentes más que normales, los personajes comunes, y los archivos reunidos a propósito de ellos solamente son fragmentos. Fragmentos de vida, jirones de disputas mostrados en desorden, reflejando al mismo tiempo el desafío y la miseria humanos. Lo comprendemos, es imposible o casi imposible establecer series en esos magmas de demandas de los que se exhala una cotidianeidad banal. O bien hay que dejarlo todo e interesarse por otra cosa, por ejemplo, por la historia del derecho procesal o la de los grandes procesos en la forma correcta y debida; o bien se debe saber captar esos estallidos de vida, intensos y contradictorios, violentos y siempre complejos, para extraer de ellos el máximo sentido.

DEL ACONTECIMIENTO EN HISTORIA

Esa insistencia en trabajar con lo minúsculo, con lo singular y lo casi imperceptible, bien merece que nos expliquemos sobre los problemas que se encuentran y, primeramente, sobre la noción de acontecimiento en historia.

Las palabras dichas, los cortos relatos referidos por los escribanos y los embriones de explicaciones balbuceadas son acontecimientos. En esos discursos truncados, pronunciados a pesar del miedo, la vergüenza o la mentira, hay acontecimientos porque, incluso fragmentado, ese lenguaje contiene intentos de coherencia buscada por aquél o aquella que profirió las respuestas, tentativas que crean el acontecimiento: en ellas se localizan identidades sociales que se expresan a través de formas precisas de representación de uno mismo y de los demás, se dibujan formas de sociabilidad y maneras de percibir lo familiar y lo extraño, lo tolerable y lo insostenible. Pues quien responde al comisario, con una imprecisión voluntaria o no, se expresa forzosamente a través de las imágenes que transmite de sí, de su familia y de su entorno. Más aún, intenta tener influencia, sin tan siquiera medir el poder exacto de las palabras. También sus frases son «acontecimientos» porque están ahí para hacer creer, y es imposible olvidar este aspecto indispensable de las relaciones sociales. No solamente su contenido muestra un mundo organizado (o desmantelado), sino que ahí está su enunciación para provocar la convicción y atraerse el asentimiento de quienes escuchan y juzgan. En la estrecha relación entre la palabra dicha y la voluntad de crear verosimilitud, se instala el acontecimiento. Por otra parte, en los interrogatorios, cada respuesta, a pesar o gracias a la personalidad del interrogado, libera no sólo las informaciones esperadas, sino un horizonte completo, que se ha de desear captar. Pues las palabras son portadoras de presente, elementos de reconocimiento y de distinción del tiempo del que surgieron. Cuando, por ejemplo, se pregunta a un buhonero, sospechoso de robo, en qué año nació y contesta: «no sé el año, pero hará 17 años el día de San Carlos», sería una lástima anotar tranquilamente en la ficha «17 años», en el apartado edad, pues faltaría todo cuanto sumerge esta

información en un universo al mismo tiempo personal y colectivo. Esta clase de respuestas no aparecen excepcionalmente, forman parte del cotidiano caudal de informaciones encontradas en el archivo, lo cual le confiere su precio y también su dificultad de interpretación. Asimismo, cuando se interroga a un hombre sobre su situación familiar, preguntándole si tiene mujer e hijos, y contesta: «no, es viudo y sus hijos han muerto», comprendemos que de esta frase se exhala todo un universo. O también (nunca acabaríamos de amontonar ejemplos), el joven de 17 años con 21 hermanos y hermanas que ya no se acuerda del nombre de su hermano mayor y es incapaz de identificar a sus hermanas pequeñas, excepto a la última. El «acontecimiento» es también esa expresión fragmentada del ser, que se ofrece como huella, recuerdo, olvidado al mismo tiempo que acompañado por el eco de las vibraciones del mundo que lo rodea.

Los detalles expuestos sobre la situación profesional engendran el mismo tipo de relato, proporcionando simultáneamente la información y aquello que da acceso a ella, o más bien lo que la hace coherente. Un alfilerero interrogado sobre la fecha de su llegada a París en una frase da el contexto de su migración: «ha dicho que llegó a París hace tres años creyendo que se ganaría mejor la vida como muchos otros y, estando en París, se le metió una agramiza en el ojo que no pudo curar, por lo cual cambió de oficio». El acontecimiento no es que fuese un emigrante de apenas tres años, reside en lo que se le ha sustraído durante ese tiempo (esperanza-salud-oficio), y también en esa visión de París ciudad-espejismo, de pronto convertida en París ciudad-fracaso; también reside en el final de ese sueño singular, que también es un sueño colectivo (tantos emigrantes se dirigieron a las ciudades y allí se hundieron).

En lo fútil como en lo esencial, las respuestas dan mucho más que ellas mismas; permiten entrever los entramados sociales, o formas específicas de vivir en medio de los demás. Un ejemplo anodino permitirá comprenderlo mejor que una larga explicación; se pregunta a una joven lavandera, acusada de haber participado en una sedición, si no tiene apodo. Su respuesta sin remilgos es típica. Insignificante en apariencia, permite establecer una

resonancia con los modos tradicionales de comunicación popular. «¿Si no la llaman la gorda picada de viruelas? ha dicho que “en absoluto está picada de viruelas, que es cierto que desde hace algún tiempo, y bromeando, la llaman la gorda, que no está en absoluto gorda, que a menudo ni siquiera contesta a esa broma, porque no es su nombre”». ³⁵

Esa «manera de hablar», ³⁶ absolutamente anodina, crea el acontecimiento porque es un lenguaje en actos, un resumen de comportamientos, que da fe de prácticas regulares de interacción entre las personas. Aquí, en unas palabras, se discierne una manera de comunicarse entre individuos de un mismo medio social, en el que a las costumbres burlonas de designación de los demás se unen las estrategias habituales de broma, formas de ironía sobre la apariencia física y la insistencia de todos en contestar con su apego por el verdadero patronímico, único capaz de nombrarle realmente. El lenguaje expresa, con licenciosidad o torpeza, con convicción o temor, la complejidad de las relaciones sociales y de las formas de ponerles buena cara, la misma que imponen las estructuraciones sociales y políticas de la ciudad.

Acontecimiento porque remite (con mayor o menor torpeza) a formas de comunicación usuales en las que el lenguaje también se corresponde con culturas y saberes completamente particulares y personales. «No sabe leer ni escribir, que estuvo poco en la escuela porque decían que aprendería mejor cuando fuese mayor y que actualmente iba un maestro para enseñarle»; «que solamente conoce su marca»; «¿cómo se escribe su nombre? ha dicho que no lo sabe, porque no sabe escribir, solamente sabe leer letras de molde y siempre ha hecho solamente una cruz en las escrituras que le hacían firmar»: he aquí algunas respuestas entre otras —contienen formas específicas de saber que nada tienen que ver con la cultura dominante—, cada una indica con precisión las infinitas modalidades de aprehensión de la cultura y de la información. Efectivamente, se puede saber leer y no saber escribir, escribir sola-

³⁵ A.N. X²⁸ 1367, junio, 1750.

³⁶ E. GOFFMANN, *Façons de parler*, Éditions de Minuit, París, 1987.

mente en letras de molde, quedar desconcertado ante las mayúsculas, conocer algunas letras y no poder firmar más que con una cruz. Eso no es ni analfabetismo ni dominio del saber, no puede contabilizarse ni ponerse en curvas, y sin embargo esas configuraciones particulares son valiosos índices de las formas de poseer un esbozo de algunos instrumentos de cultura. Y aunque nada sea mensurable, aunque no se pueda concluir con una cifra exacta las tasas de alfabetización o de niveles de instrucción, se puede desafiar las clasificaciones tradicionales y penetrar en el bosque de las infinitas ramificaciones del saber en el que los hombres se forjan al mismo tiempo una identidad y una opinión.

Las palabras son ventanas: uno o varios contextos se dejan aprisionar en ellas; pero también es posible que las palabras se embrollen y se contradigan, que enuncien incompatibilidades de sentido indistinto. Mientras creíamos discernir finalmente una trama en la que se movían los seres y se alojaban los acontecimientos, he aquí que aparecen opacidades, oposiciones, y distinguimos espacios singulares que no parecen tener relación alguna con el paisaje anteriormente adivinado en algunos documentos.

En esta oscuridad y en estas digresiones sigue residiendo el acontecimiento: separadas, desacostumbradas, las palabras componen un nuevo objeto, diferente a los otros. Comunican existencias o sucesos irreductibles a cualquier tipología, a todo esfuerzo de síntesis, y están lejos de poder ser asimiladas a un contexto histórico demasiado fácilmente discernible. Casi incomprensibles, resistiéndose al análisis, las frases tienen que ser «tomadas» porque permiten al historiador captar momentos o tensiones extremas en el interior de una misma sociedad.

Es inútil buscar a través del archivo algo que pudiese reconciliar los contrarios, pues el acontecimiento histórico también se mantiene en el surgir de singularidades tan contradictorias como sutiles y a veces intempestivas. La historia no es en absoluto el relato equilibrado de la resultante de movimientos opuestos, sino el tener en cuenta asperezas de la realidad localizadas a través de las lógicas diferentes que chocan unas contra otras.

TROZOS DE ÉTICA

Aquí los conflictos son mayoritarios. Grandes o pequeños, de orden privado o amenazadores para la tranquilidad pública, nunca adoptan las vueltas y revueltas de perfectos relatos lineales, sino que a menudo se arrancan al prudente mutismo de los protagonistas. A pesar de todo, narran; molestados y provocados por una policía ansiosa por saber, por obtener confesiones y encontrar culpables.

Reconstituir los hechos a *posteriori* nunca es cómodo, aún más cuando la mayor parte de los informes ofrecen *in fine* una versión que muy frecuentemente es la del orden público y de las autoridades de la policía. Las preguntas tienen la evidencia de certezas policiales: ante todo, el hombre de la policía intenta nombrar a los culpables, poco le importa que el asunto esté completamente esclarecido. Bien se declare una disputa en un mercado o bien una rebelión contra los soldados, la policía aparece en escena y no oculta en absoluto sus intenciones. Se dirige lo más rápidamente posible hacia los instigadores y los indisciplinados que ya cree conocer y actúa sin vacilaciones en los ambientes turbios que no le son extraños. Sea cómo sea, piensa, ello siempre permite sanear el espacio urbano. Cuando dos mujeres se pelean en el mercado a causa de los precios de las verduras o del pescado, sin vergüenza, la policía dirige sus pasos hacia la muchedumbre sospechosa de las revendedoras, de los rateros y de los cambalacheros de poca monta. Asimismo, una huelga de artesanos hace que se encarcele a algunos obreros conocidos por sus actividades subversivas.

Una primera lectura de los documentos a menudo induce a una versión totalmente policial del orden y del desorden, dejando a un lado a los verdaderos actores del conflicto, los que actúan aislados durante la mayor parte del tiempo, sin depender del hampa ni de los lacayos. Lo más simple para la policía es ir derechos al objetivo, en busca de aquellos que tienen la mala costumbre de causar problemas.

Señalar esos automatismos y debilidades policiales es un trabajo necesario. Sin embargo, no debe hacer que se olvide la astucia de los acusados, que claman su inocen-

cia con respuestas tan ofendidas como fingidas: «nunca supo nada de eso», «que en absoluto estuvo donde dicen que estuvo», «que ella no vió nada, ni oyó nada si no es el ruido del escándalo». Evidentemente, de esas negativas, de esas torpes evasivas se pueden deducir conductas de fuga semejantes a confesiones o a impotencias. Ello significa quedarse en la superficie de las cosas y de las palabras, pues, en medio de esas vagas evocaciones, bruscamente pueden aparecer minúsculas secuencias de vida, gestos inesperados, o incluso la sombra de un decorado social furtivamente dispuesto. Enumeremos algunas de esas respuestas aparentemente anodinas, dadas a la pregunta que inaugura todo interrogatorio; «a él [o a ella] preguntado por qué ha sido detenido».

«que nada sabe de lo que le preguntan y que acababa de santiguarse al pasar por la puerta donde habían entrado a un muerto cuando...

que estaba ocupada como todos los días desplegando el toldo de la parada en el momento en que...

que ella acababa de decir a su hijo que fuese a buscar el ungüento para curar la pierna herida de su marido y que...

que tenía la costumbre de beber un vaso de aguardiente en la taberna y de no ocuparse de los demás cuando...

que él tenía buena reputación y no temía a nadie sino a Dios...

que oyó ruido y que vió la escalera llena de gente pero que él continuó guardando sus herramientas...

que ella jamás miró a nadie mientras llevaba sus cofias a la planchadora de la calle del Roi-de-Sicile cuando oyó...

que corrió al taller a avisar a su amigo de lo que pasaba en el vecindario, y que se quedó con él mucho tiempo, bromeando con la criada de enfrente que llama a los clientes, antes de que...

que ha oído decir que puso a las mujeres para que gritasen en la ventana y que ella lo conocía por ser...

que ella no conoce en absoluto a ésa que todos los días está en el mercado cerca de la salida vendiendo lechugas...

que le ordenó que huyese al oír que llegaba la policía, y que ella no quiso...

que tiene cuatro hijos de corta edad y que su marido no ha ido a casa desde hace tres días, y que ella está segura de que ha vendido hasta la cama...

que ella ha ganado dinero lavando y que pretende disponer de él, que necesita dinero para vivir, y que tiene un alma que salvar...

que él le golpeó con las podaderas y que los vecinos acudieron antes de que ella muriese bajo los golpes...

que él le ha hecho tanto daño que morirá a sus manos...

que no le habían dicho que no debía pasearse por la noche hacia las Barrières y que su hermana siempre va allí con su amigo...».

A veces, las respuestas son más consistentes; respecto de motines, sospechosos y testigos cuentan fácilmente lo que han presenciado, bien se trate de un episodio de pillaje de una panadería, por ejemplo, o de una persecución. En el estallido de los testimonios, sorprendemos acciones que se están realizando, representaciones que se organizan antes de disolverse cuando nada está aún definitivamente realizado y antes de que se haya dado una interpretación global del acontecimiento.

Cada actor da fe de lo que ha visto y de la forma singular en que se ha vinculado al acontecimiento, improvisando su lugar y sus gestos, con fervor o con reticencia, según los casos, inventando a veces nuevas acciones que desviarán el curso de los acontecimientos. Multiplicados, esos testimonios no reconstituyen el asunto en curso, sino que fijan la atención en la organización súbita de escenas minúsculas y furtivas, en el detalle de los gestos, en los valores emitidos,³⁷ en la creatividad de los signos de reconocimiento.

Precisas o no, locuaces o lapidarias, las informaciones obtenidas son mucho más que datos que permiten al historiador acumular hechos. Son trozos de ética. Por trozos de ética se debe entender lo que surge de cada ser a través de las palabras que le sirven para expresarse y para

³⁷ A. FARGE, J. REVEL, *Logiques de la foule. L'affaire des enlèvements d'enfants, Paris, 1750*, Hachette, Paris, 1988.

expresar los acontecimientos, es decir, una moral, una estética, un estilo, lo imaginario y el vínculo singular que lo une a su comunidad. En el murmullo de millares de palabras y de frases, no podríamos buscar solamente lo extraordinario o lo claramente significativo. Sin duda, ello sería un error; lo aparentemente insignificante, el detalle sin importancia, traducen lo indecible y sugieren no pocas formas de inteligencia viva y de entendimientos razonados que se mezclan con sueños frustrados y yermos deseos. Las palabras trazan figuras íntimas y sorprenden las mil y una formas de la comunicación de cada uno con el mundo.

LO ACCIDENTAL Y LO SINGULAR, LO ÚNICO Y LO COLECTIVO

La singularidad es desconcertante; ¿qué hacer con esos innumerables personajes de peripecias azarosas y de amplios movimientos desarticulados? Una sola mañana pasada en la biblioteca analizando algunas demandas impone curiosos encuentros: he aquí al ratero prisionero de Bicêtre, ávido de libertad «ya son dos veces las que me encuentro atacado por el escorbuto y pienso dolorosamente que si sigo en Bicêtre durante más tiempo habré de pasar al otro mundo, del que me sería difícil daros noticias»;³⁸ precede al mendigo disfrazado de religioso «que lleva una caja que ha comprado donde se encuentran un *Ecce homo* y cuatro figuras de la Pasión que enseña a los viandantes»,³⁹ y la madre anegada en llanto que sigue a su hijo detenido «llevándolo de la mano»...⁴⁰ Se podrían esbozar así sin interrupciones centenares de siluetas.

El ininterrumpido aflorar de lo singular invita a pensar en lo «único»; a reflexionar sobre el concepto histórico de individuo⁴¹ y a intentar una difícil articulación entre las personas anónimamente sumergidas en la historia y una sociedad que las contiene.

³⁸ A.B. 11929, año 1757.

³⁹ A.B. 11923, año 1756.

⁴⁰ A.N. X²⁸ 1367, año 1750.

⁴¹ C. GINZBURG, *Le Fromage et les Vers: L'univers d'un meunier au XVI^e siècle*, Flammarion, Paris, 1980, p. 15.

El procedimiento anecdótico es un instrumento inútil, no da cuenta de nada; la afición por lo extraño no es una gran ayuda, de tal modo deforma la mirada sobre los documentos. Queda, al filo de las palabras, el análisis afinado de la rareza que se tiene que destacar al mismo tiempo de lo habitual y de lo excepcional. Queda por encontrar un lenguaje capaz de integrar las singularidades en una narración apta para restituir sus rugosidades, para subrayar sus irreductibilidades así como sus afinidades con otras figuras. Apta para reconstruir y deconstruir, para jugar con lo igual y con lo diferente. «Enredado con historias que no son para él subordinadas ni homogéneas»,⁴² el ser humano captado por el archivo debe ser evocado sin enfoques globalizadores que lo reducirían a la medida de un individuo medio sobre el que no se podría pensar nada, sino con la preocupación por hacer surgir el sutil tablero de que dispone cada uno para organizar su espacio.

«Defender las historias»⁴³ y hacer que la historia las capte significa limitarse a mostrar cómo el individuo constituye su propia componenda con lo que se pone a su disposición histórica y socialmente. Examinados así, los interrogatorios y los testimonios iluminan los lugares en los que el individuo establece una relación pacífica o tumultuosa con otros grupos sociales, preservando sus libertades y defendiendo sus autonomías. A veces, una historia de la persona obstaculiza las certezas adquiridas sobre el conjunto de los fenómenos denominados colectivos; al mismo tiempo, no puede ser concebida más que en interacción con los grupos sociales.

Posiblemente lo presentimos, la atención hacia lo singular necesita la del ajuste de cada uno con los demás y saca sus fuerzas incluso de más allá de la disponibilidad del material de archivo para hacerlas figurar. Arraiga en la voluntad de leer hoy como ayer la infinidad de desviaciones que cada uno establece con la norma, y la complejidad de los caminos dibujados en su interior, para inventar y no sufrir, para unirse y oponerse. Hay allí sin

⁴² M. FOUCAULT, *Les Mots et les Choses*, Gallimard, París, 1966, p. 380.

⁴³ F. DOSSE, «Foucault face à l'histoire», *Espace-Temps*, n° 30, p. 5.

duda una visión del mundo, una ontología de lo actual, la inquieta tenacidad de no inmovilizar nunca nada. Como si la palabra de ahora, tanto como la de antaño, contuviese en su interior la esperanza de transmitir cualquier posibilidad.

SENTIDO Y VERACIDAD

Finalmente, no existe ninguna historia simple, ni siquiera ninguna historia tranquila. Si efectivamente el archivo sirve de observatorio social, solamente lo hace a través de la diseminación de informaciones fragmentadas, del *puzzle* imperfectamente reconstituido de oscuros acontecimientos. Nuestra lectura se abre camino entre roturas y dispersión, forjamos preguntas a partir de silencios y balbuceos. Mil veces gira el calidoscopio ante los ojos: antes de quedar fijas bajo una forma precisa, hipotéticas figuras pasan ante la vista, se rompen en fuegos irisados antes de inmovilizarse bajo otras apariencias. El menor movimiento las hace desaparecer haciendo que nazcan otras. El sentido del archivo tiene la fuerza y lo efímero de esas imágenes convocadas una a una por el torbellino del calidoscopio.

Lo sabemos; no hay un sentido unívoco en las cosas del pasado y el archivo guarda dentro de sí esta lección. Frágil recuerdo, permite al historiador que aisle objetos y que los pruebe. «El historiador que reflexiona sobre un tema debe construir la historia que necesita y hacerlo con disciplinas diferentes»,⁴⁴ mientras que ningún documento tiene sentido en sí mismo: «Ningún documento puede decirnos más de lo que pensaba su autor, de lo que pensaba que había sucedido, de lo que pensaba que debía suceder o que sucedería, o quizá solamente lo que quería que los demás pensasen que él pensaba, si no es lo que él pensaba que pensaba. Todo esto solamente adquiere un sentido cuando el escritor se dedica a descifrarlo. Los hechos, provengan o no de documentos, no pueden ser utilizados

⁴⁴ J. REVEL, «Une oeuvre inimitable», *Espace-Temps*, Braudel dans tous ses états, p. 14.

por el historiador mientras no los trate: y esta utilización constituye, por decirlo así, el proceso mismo del tratamiento».⁴⁵

La voluntad de comprender es exigente; para ello, hay tantas ilusiones que combatir como condiciones que cumplir. Efectivamente, si bien el historiador es un narrador, también es aquél que explica y convence, expone minuciosamente sus razones porque sabe que pueden oponerle otras. Así, la primera ilusión que se ha de combatir es la del relato definitivo de la verdad. Efectivamente, la historia es una manera de hacer que no se basa en un discurso de verdad controlable en todos sus puntos; enuncia un relato que une la formulación de una exigencia erudita y una argumentación en la que se introducen los criterios de veracidad y de plausibilidad. El poeta crea, el historiador argumenta y reelabora los sistemas de relación del pasado a través de las representaciones de la comunidad social que estudia, al mismo tiempo que a través de su propio sistema de valores y de normas. El objeto de la historia es, sin ningún género de dudas, la conciencia de una época y de un medio, mientras que es necesariamente construcción plausible y verosímil de las continuidades y discontinuidades del pasado, a partir de exigencias eruditas. El historiador no es un fabulador que escribe fábulas, por ello puede afirmar como lo hacía Michel Foucault: «Nunca he escrito nada más que ficciones y soy perfectamente consciente de ello», e inmediatamente añadía: «Pero creo que es posible hacer funcionar las ficciones en el interior de la verdad».⁴⁶

Podemos librarnos de la ilusión de una universalidad, de una verdad total y definitiva que se puede reconstituir globalmente. En cambio, no se puede eliminar la verdad ni siquiera despreciarla, nunca se debe desviar, y a menudo hay poca distancia entre estos dos polos. La relación con el archivo permite ser muy sensible a estos dos imperativos y considerarlos solidarios. El archivo opone a las

⁴⁵ E.H. CARR, *Qu'est-ce que l'histoire?*, La Découverte, París, 1987, p. 62.

⁴⁶ Entrevista con L. FINAS citada por M. BLANCHOT, *MICHEL FOUCAULT tel que je l'imagine*, Fata Morgana, 1986, p. 46-47.

construcciones teóricas y abstractas su peso de existencias y de minúsculos acontecimientos ineludibles, estimulando el saber tradicional con una «realidad» trivial y flagrante. El archivo ofrece rostros y penas, emociones y poderes creados para controlarlas; su conocimiento es indispensable para tratar de describir a continuación la arquitectura de las sociedades del pasado. En el fondo, el archivo siempre atrapa por la manga a quien se evade demasiado fácilmente en el estudio de formulaciones abstractas y de *discurso sobre*. Es uno de los lugares a partir de los que pueden reorganizarse las construcciones simbólicas e intelectuales del pasado; es una matriz que, por supuesto, no formula «la» verdad, pero que produce, en el reconocimiento como en la extrañeza, elementos necesarios sobre los que basar un discurso de veracidad alejado de la mentira. Ni más ni menos real que otras fuentes, sugiere destinos de hombres y mujeres de gesticulaciones sorprendentes y sombrías atravesando los poderes con múltiples discursos. La emergencia de las vidas entrechocando con los dispositivos de poder dispuestos guía un relato histórico que intenta estar a la altura de esta irrupción y de este peso, es decir, que toma en cuenta los jirones de realidades exhibidas, que revela las estrategias individuales y sociales más allá de lo no expresado y de los silencios, ordenándolos, y después propone una inteligibilidad propia sobre la que es posible reflexionar.

De entrada, se revela necesaria la explicación razonada de los parámetros de lectura impuestos al material: el proceso de cuestionamiento del archivo debe ser lo suficientemente claro para que los resultados de la investigación sean convincentes y no falaces. Pues —lo presentimos—, podemos hacer que el archivo lo diga todo, todo y lo contrario; una de las primeras obligaciones es poner en claro los procedimientos de interrogación. Para expresarlo claramente: una cosa es comprender la historia como un proceso de reinterpretación permanente del pasado, según la medida de una sociedad actual y de sus necesidades; otra cosa es subvertir los hechos pasados para servir a perniciosas ideologías. Hay momentos en que es necesario avanzar «unas» verdades (no la verdad) incontestables, es decir, formas enteras de realidad, que de nada sir-

ve ocultar o subvertir. Hay momentos en que la historia debe demostrar errores, utilizar pruebas, para que «la memoria no sea asesinada». ⁴⁷ «La historia es una carencia perpetua [...], pero ¿acaso no es indispensable aferrarse a esa antigualla, “lo real”, a lo que pasó realmente?» ⁴⁸

«No hay que debilitar nunca el filo de lo que sucedió, el filo del acontecimiento», decía recientemente Paul Ricoeur con ocasión de un encuentro con historiadores, ⁴⁹ especialmente cuando éste todavía produce horror y traumas. Existieron en el pasado acontecimientos abyectos cuyo relato es necesario y que por ello mismo imponen un estatuto específico a su narración, sobre todo cuando viven todavía en la «memoria cultural», Auschwitz, decía, es un «acontecimiento fundador negativo» que es preciso mantener en la situación de lo memorable y cuya enunciación en ningún caso puede ser deformada. Evidentemente, «la relación de la historia con la realidad se hace en el modo, no de una transparencia, sino del establecimiento de un contacto entre los datos», ⁵⁰ operación que debe poseer un indudable estatuto de verdad. Pertinente para el tratamiento de todos los acontecimientos, esta relación de la historia con lo real se hace crucial cuando se trata de hechos sobre los que se ha forjado una memoria viva que atraviesa a toda la sociedad.

Así, no podemos admitir la historia «revisionista» y faurissoniana que ha adoptado nuevas formas infiltrándose poco a poco por todas partes, insinuando que las cámaras de gas no habían existido; enunciación mortífera expresada «para desrealizar el sufrimiento, la muerte». ⁵¹

⁴⁷ P. VIDAL-NAQUET, *Les Assassins de la mémoire*, La Découverte, París, 1987.

⁴⁸ P. VIDAL-NAQUET, «Lettre», Michel de Certeau, Centre G. Pompidou, 1987, p. 71-72.

⁴⁹ Con autorización personal de R. Ricoeur citamos sus palabras pronunciadas el 22 de junio de 1988 en la Escuela de estudios superiores de ciencias sociales con motivo de una intervención oral en el marco de una jornada de trabajo «Autour de Paul Ricoeur», organizada por R. Chartier y F. Hartog.

⁵⁰ Citamos las palabras de R. Chartier en el transcurso de su intervención del 22 de junio de 1988.

⁵¹ P. VIDAL-NAQUET, *op. cit.*

La Revolución francesa también es un acontecimiento fundador, esta vez positivo, productor de efectos hoy todavía. Por estar siempre activo en la memoria colectiva, este episodio mantiene extrañas relaciones con los historiadores. Algunos, por ejemplo, intentan demostrar que la Revolución terrorista y sangrienta fue uno de los episodios más vergonzosos de nuestra historia, no dudando en utilizar la palabra «genocidio» a propósito de la guerra civil vendéana. Aquí, es preciso decir que se establece un juego perverso y pernicioso con la verdad, una utilización falaz de los hechos, a fin de escribir una historia en la que la pasión vence al rigor. Cuando sufre semejantes operaciones, el conocimiento se rompe y muere, así como el sentido de sí mismo, pues se han negado a «habitar el texto del otro» (Paul Ricoeur).

Tomemos el ejemplo de la Vendée entre 1793 y 1797. El estudio que mejor ha analizado este episodio es uno que, no sólo ha reunido hechos y cifras, sino que ha propuesto una interpretación convincente del desarrollo de los acontecimientos a partir de su necesario aplanamiento. Se trata de la obra de Jean-Clément Martin (*La Vendée et la France*, Le Seuil, 1987). El autor demuestra hasta qué punto los inicios de la insurrección vendéana traumatizaron al gobierno revolucionario que vio en ese alzamiento la negación de todos sus esfuerzos. A partir de este choque, una despiadada represión endureció a una región que en aquella época no tenía conciencia de su poder. Toda la inteligencia del autor demuestra, con el apoyo de los archivos, que los hechos no son nada si no se los reinserta en las representaciones que se tienen de ellos, representaciones que los realimentan a continuación o, por el contrario, pueden disminuir su progresión y su agudeza. La guerra de la Vendée tuvo lugar en el centro de un proceso en espiral de impacto de los hechos sobre las conciencias: si el gobierno revolucionario no hubiese leído en aquellos acontecimientos tanta carga simbólica, el engranaje de la guerra civil sin duda no hubiese sido tan violento. Hay en esta obra un bello equilibrio entre la aproximación a lo que pasó y el sentido que se debe dar a aquellos acontecimientos que se extendieron en forma de eco, sin dejar de resultar amplificadas unos por otros.

Compréndase bien: con pocas excepciones, el documento, el texto o el archivo no son la prueba definitiva de una verdad cualquiera, sino el montículo ineludible cuyo sentido se tiene que construir después a través de cuestionamientos específicos, y el historiador sabe bien que «la validez del conocimiento depende de la validez del objetivo»,⁵² navega justamente entre la conciencia de la gravedad de sus elecciones y la imposible teoría según la cual la historia sería una compilación objetiva de hechos.

Una vez tomadas esas precauciones, el sentido no aparece con la evidencia de un tesoro encontrado. Se debe buscar bajo el aparente desorden de los relatos, de los hechos y de los acontecimientos, y, cuando se trata del estudio de los comportamientos populares, se lo puede suponer persiguiendo, por ejemplo, el conjunto de los sistemas de racionalidad que hacen actuar o hablar a los interlocutores sociales presentes en los documentos.

PENSAR CIERTAS FORMAS DE EXPRESIÓN POPULAR

Una historia de los comportamientos populares establecida a partir del archivo siempre corre el peligro de reificarse, si no acepta encontrar detrás de la acumulación de los detalles obtenidos sobre prácticas sociales, afectivas y políticas, modos de pensamiento, conductas autónomas y sistemas de racionalidad. En efecto, no basta con describir los gestos y las actitudes del cuerpo popular para quedar en paz con él. La vida del taller, de la calle o de la taberna no se resumen en condiciones de trabajo, modos de hábitat y de alimentación; las prácticas cotidianas son el producto de pensamiento, de estrategias, así como de culturas hechas de negativas, de sumisión, de sueños y de rechazos, de decisiones racionales y pensadas, y más aún de deseo de legitimidad. Más allá del material bruto, que permite una cierta reconstitución del paisaje social, hay una posibilidad de medir y de expresar la separación que existe entre el hombre de la calle y su imagen; en las respuestas dadas y las palabras pronunciadas, hay momen-

⁵² E.H. CARR, *op. cit.*

tos singulares en los que se aprecia no sólo lo cotidiano, sino el pensamiento sobre lo cotidiano; hay instantes privilegiados en los que se entrevé que el hombre de la calle no se dejaba engañar, ni en lo que hacía, ni en lo que creía, ni siquiera en lo que afirmaba. Ahí está la riqueza del archivo; en no reducirse a la descripción de lo social, en comprender cómo una población se piensa a sí misma y produce constantemente inteligencia e inteligibilidad en pos de un sentido que descubre y fabrica a medida que vive situaciones. Decididamente, las élites no son las únicas que detentan una cultura y una visión desgarrada de su conciencia,⁵³ aun cuando sean las únicas que tienen facilidad para expresarse, y la suerte de expresarse por escrito.

Las clases populares, menos hábiles para manejar lo escrito, no por ello vivieron sin representarse a sí mismas: el archivo posee recursos en este terreno, hay que tomarse la molestia de buscarlos. Es demasiado fácil encontrar en él solamente una suma acumulativa de actitudes, cuando no se intenta entrever por qué sistemas de racionalidad se han tomado esas actitudes. Asimismo, hay que descubrir a través de las palabras algo diferente a la simple descripción de las condiciones de vida y evitar creer que una cultura popular solamente se forja a través de actitudes, de conductas y de reacciones. Definitivamente, su espacio es otro.

El archivo vuelve a trazar la perspicacia de las conductas, el juicio de los individuos y el discernimiento de las colectividades: a partir de entonces, es un trabajo el identificar los modos de pensamiento, el buscar sus reglas, y el delimitar conductas que inventan sobre la marcha su propia significación, a fin de comprender sobre qué sistemas de inteligencia y de sentimientos se basa el conjunto de las cohesiones y de las rupturas sociales. De hecho, se trata de reflexionar sobre ese espacio en blanco que el ser coloca entre él y él mismo, entre él y sus conductas, entre él y la imagen de sus conductas.

No es simple, puesto que el archivo judicial refleja al principio, aumentada por una lupa, la forma en que los

⁵³ J. RANCIÈRE, *La Nuit des prolétaires. Archives du rêve ouvrier*. Fayard, París, 1981.

gobernantes y las élites están convencidos de la imposibilidad del pueblo para tomar parte en la cosa pública y para ser sujeto de la historia. Sin embargo, una masa de archivos de la policía opone su contenido a las certezas adquiridas desde hace tiempo sobre la evidente inanidad de la opinión popular. Son los del lugarteniente general de París⁵⁴ que contienen informes de los observadores e inspectores de policía⁵⁵ denominados *gazetins* de la policía secreta.

Que el pueblo no tiene criterio ni opinión, sino solamente creencias y supersticiones, bien está, pero entonces, ¿por qué una policía completamente organizada alrededor de la captación de los murmullos y clamores de la ciudad, de la observación de la calle y de los rumores que hacen estremecerse su superficie? Paradójico siglo XVIII, basado en la elisión de lo popular, y sin dejar de funcionar sobre la utopía de captar sus menores reflejos, así como el caudal irregular de sus agitaciones. La política no es competencia del pueblo, exclaman por todas partes, y el vivo debate que se instaura alrededor de la necesidad de una opinión pública no puede reconocer más que la de los medios ilustrados,⁵⁶ dejando a un lado una opinión popular⁵⁷ «que sigue siendo —según Condorcet— la de la parte más estúpida y miserable del pueblo». Vacuidad del razonamiento popular basada en un presupuesto: al sufrir la presión de la necesidad y del trabajo, las capas populares no

⁵⁴ El cargo de lugarteniente general de policía se creó en París en 1667; toda la policía se organiza alrededor de su autoridad. Sus archivos se han conservado básicamente en la Biblioteca de l' Arsenal.

⁵⁵ A.B. 10155 a 10170, años 1724 a 1781.

⁵⁶ J. HABERMAS, *L'Espace public, archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, Payot, París, 1978.

⁵⁷ Sobre el tema de la opinión pública en el siglo XVIII, véanse los trabajos de K. BAKER, «Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime», *Annales ESC*, enero-febrero de 1987; R. CHARTIER, «Culture populaire et culture politique sous l'Ancien Régime», *French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I, *Political Culture of the Ancient Regime*, Bergamon Press, 1987; S. MAZA, «Le Tribunal de la nation: les mémoires judiciaires et l'opinion publique à la fin de l'Ancien Régime», *Annales ESC*, enero-febrero de 1987, M. OZOUF, «L'opinion publique», *Political Culture of the Ancient Regime*, Bergamon Press, 1987; J. SGARD, «Naissance de l'opinion publique», en prensa (Coloquio de Ottawa. Las Luces del saber, 1986).

pueden tener la posibilidad ni la oportunidad de preocuparse por cosas que no estén directamente relacionadas con sus necesidades físicas o materiales.

El archivo del lugarteniente general de la policía, confundidos forma y fondo, quizá aporte un doble desmentido a esta firme filosofía. La constitución misma del archivo revela la importancia de las preocupaciones reales en cuanto al rumor de las palabras de su pueblo, y la cita semanal del lugarteniente general con el rey es una prueba de ello; por otra parte, es para proporcionar el máximo de informaciones a la persona real por lo que el lugarteniente hace que toda una cohorte de «mouches»⁵⁸ («moscas») y de confidentes componga tantos registros que consignan las opiniones de la muchedumbre, tomadas aquí y allá, en plazas y esquinas. Naturalmente no hay que caer en contrasentidos: vigilar el clamor popular no quiere decir reconocer al pueblo como interlocutor, pero no se puede *a contrario* afirmar que esta investigación incesante, casi obsesiva,⁵⁹ no tuvo ninguna influencia sobre las decisiones políticas. Las formas mismas de la organización policial se construyen alrededor de esa necesidad de saberlo y oírlo todo, y la clasificación de los archivos del lugarteniente general traduce esta preocupación demente por el detalle y el gusto por cazar sin vergüenza las palabras pronunciadas en el azar de las conversaciones públicas.

El contenido de los informes escritos por los observadores después de sus paseos urbanos refleja las intenciones de partida: no esperemos encontrar en ellos el relato organizado y temático de las opiniones del pueblo sobre los grandes acontecimientos, escritos en forma de cartas y de hojas sueltas, encuadradas más tarde; estas notas se hacen eco desordenado del desorden percibido. Aquí, todo es fugitivo, la noticia oída, la mala intención adivinada; asimismo la pluma rápida, acompasada solamente

⁵⁸ «Mouche»: nombre que se daba a los observadores de la policía escondidos entre la multitud y en los lugares públicos.

⁵⁹ Sobre la obsesión de la policía en recoger rumores y palabras, cf. los *dossiers* de información conservados en la Biblioteca del Arsenal en los Archivos de la Bastilla a propósito de los asuntos de la época (asuntos jansenistas, vigilancia de las costumbres, casas de juego, vigilancia de los extranjeros, etc.).

por la irrupción de los acontecimientos o de las reacciones. Nada construido, ningún estilo, ninguna elocuencia; un archivo que intenta retener el flujo fugaz de las palabras y que nunca selecciona, que nunca, o raras veces, nombra: «Se dice que... se ha oído... corre el rumor de que». Ahí está también la información oficial, en un buen lugar, es decir las noticias de la guerra, de la Iglesia, de los viajes de los príncipes, pero no se impone a los otros rumores, ocupa el mismo lugar que una conversación de taberna o que el rumor de un buhonero. Posiblemente, todo está transcrito ahí, pero está lejos de ser seguro; en todo caso, nada parece más o menos importante que otra cosa, nada es indiferente. Se pasa de un tema a otro, sin demostrar, sin sorprenderse; salpicado por las noticias, el observador, apresurado y obligado, reproduce sin reflexionar lo súbito, lo brusco de la ciudad.

Ahí están el archivo, la compilación de *gazetins* de la policía secreta, portadores de preguntas y de contradicciones: muestran la complejidad del sistema monárquico en el que la erradicación de lo popular se une a una perpetua búsqueda de sus impresiones y sentimientos. Buscando el asentimiento popular, la propaganda real se nutre febrilmente de lo que no se asemeja a él; negando a la opinión popular todo crédito cuando se vuelve crítica, persigue sus huellas con tanta obstinación que se puede decir que las suscita y las hace vivir con un sólo movimiento imperceptible, creando una situación paradójica. Llamadas significativas cuando son alegres y satisfechas; denominadas tenebrosas, enigmáticas y vanas cuando son coléricas, las palabras populares, hostigadas por una policía que sólo se encarga de ellas, ¿acaso se convierten, a partir de entonces, en uno de los medios de acceder a las representaciones de la «esfera pública plebeya reprimida», de la que Jurgen Habermas decía que no se la puede alcanzar en el siglo XVIII, excepto durante un instante al principio de la Revolución?

Sin duda, es un desafío el pretender reflexionar, a través de este archivo, sobre las significaciones de lo político en una sociedad que nada conoce de los procedimientos que caracterizan a la política, en una sociedad que niega a su pueblo incluso la idea de que pueda tener un pensamien-

to, a quien solamente se le pide que aclame y que no se subleve. Sin duda, es un desafío el marcar con el sello de lo político las palabras difundidas por una policía ávida de chismes, es un riesgo que se ha de correr, pero es en este universo de palabras desmigajadas donde la experiencia cotidiana y social adquiere una imagen, es en el peso de las palabras donde pueden enunciarse las razones de aquellos a quienes no se reconoce que las tienen. Así se pueden encontrar formas de interpretación de los acontecimientos, identificar opiniones y juicios articulados en los sistemas de representaciones, hallar configuraciones sutiles en las que se expresa un saber social y político, en las que se inventan acciones y en donde gestos y hábitos captan los retos del momento para convertirlos en nuevos requerimientos. Aquí, el archivo contiene aquello que rechaza: una extrema atención de las capas populares hacia lo que no se pretende decirles en absoluto y que adquiere sentido ante su vista. ¿Acaso esto no se llama un juicio político?

Una vez más, el trabajo se realiza a través de la diseminación de los rumores y de las noticias recogidas en el archivo (sin duda, esta fragmentación no es tanto una laguna como una forma de ser). Hay momentos particulares en los que las palabras se atropellan, en los que su irrupción inunda los escritos de observadores y en los que estos (por una vez) se inquietan casi ante tanto vigor, alborotos o vociferaciones. Aún más cuanto que en general las palabras se substituyen por escritos; los carteles, los panfletos y las relaciones de sucesos invaden la calle y ceden la palabra a otros medios de decir y de expresarse. Rápida, la circulación entre lo escrito y lo oral pliega a la ciudad ante sus cadencias. Así, entre 1730 y 1736, el asunto de los convulsionarios del cementerio de Saint-Médard,⁶⁰ requiere confidentes casi a tiempo completo. Primeramente, los que se encargan expresamente de recoger sin cesar los sueños, discursos y profecías de los convulsionarios.⁶¹

⁶⁰ C.L. MAIRE, *Les Convulsionnaires de Saint-Médard*, Gallimard, París, 1985; D. VIDAL, *Miracles et Convulsions jansénistes au XVIII^e siècle*, PUF, París, 1987.

⁶¹ A.B. 10196-10206. Informes de la policía sobre lo que sucede cada día en la iglesia de Saint-Médard, 1720-1757.

Pero también todos cuantos transcriben, en plazas y esquinas, lo que se propala del asunto. Recordemos brevemente los hechos: en 1728, Fleury, ministro del rey, lanza una fuerte ofensiva contra los jansenistas, y trescientos sacerdotes se ven inhabilitados en 1730... Mientras tanto, unos hechos completamente particulares suceden en el recinto del cementerio de la iglesia de Saint-Médard. Allí vivía un diácono jansenista, completamente entregado a la ascesis y a la pobreza, y se alojaba en una choza del *faubourg* Saint-Marcel, en pleno barrio popular. En 1727 murió, habiéndose reafirmado en sus sentimientos contra la Constitución y contra Roma. Muy querido por sus fieles, su muerte provocó varias manifestaciones, al principio muy discretas. Acuden a rezar ante su tumba y a meditar en grupo, después tienen lugar varios milagros y algunas curaciones de las que se habla a los allegados sin clamarlo a los cuatro vientos. El fenómeno se amplifica a medida que se extiende la represión y, después de una oleada de arrestos de 250 convulsionarios, por decisión real se cierra el cementerio el 27 de enero de 1732. A partir de ese día los *gazetins* están repletos de reacciones, «París está inundada de escritos... no se oye otra cosa que... se declama fuertemente entre los plebeyos... por todas partes se habla de... se habla en voz alta de...».

Pero ¿qué dicen? Alrededor del acontecimiento se organiza y se materializa algo cuyos contornos es preciso reconocer. La algarabía de los rumores es impresionante y las palabras pronunciadas en el recinto del cementerio tienen tanto peso que el diario jansenista *Les Nouvelles ecclésiastiques* las transcribe a su vez. Así, les conceden un nuevo poder, rechazando por primera vez sin duda la idea de que la opinión popular pueda pertenecer al terreno de la ficción. Pero limitémonos a los textos de los archivos y a las palabras que se transcribe en ellos en ese preciso momento. Vemos cómo se crea algo específico alrededor de un lugar —el cementerio— y sentimos cómo un espacio puede ser generador de acontecimientos. El cementerio es un lugar familiar, en plena vida urbana, signo de una cierta comunidad entre los vivos y los muertos. Por ello también es un lugar de evocaciones imaginarias, de fantasmas y de miedos colectivos. Un espacio en el que

todo es posible; en él se oyen ruidos extraños por la noche, de él se escapan vapores mientras que se roban cadáveres para extraños tráficos. ¿Y qué pensar de quienes temen ser enterrados vivos y quieren proveerse de cencerros antes del gran viaje para el caso de una muerte incierta? Lugar familiar, lugar incierto, lugar santo y sagrado sobre todo: la población siente como una especie de crimen de lesa majestad, lo cual es el colmo para un rey, el hecho de que éste haya decidido cerrarlo, declararlo inhabilitado. El cementerio es el lugar de Dios por excelencia; el hecho de que allí haga milagros debería someter al rey, y los observadores anotan los comentarios escandalizados de todos, «que es inaudito para un rey el inmiscuirse en los secretos de Dios», «que es indecente hacer que los arqueros vigilen la puerta de una iglesia y de un cementerio», «que semejantes procedimientos deshonan al rey y a la religión», «que es escandaloso que los oficiales juren y profieran..., que deberían respetar el cementerio que es un lugar santo», «que impresionantes castigos caerán sobre el rey y Fleury».⁶²

A las opiniones escandalizadas se unen las historias contadas, de las que todos aseguran que han tenido lugar y que son la prueba de la ignominia de la orden real. A la muerte escarnecida por el cierre del cementerio responde una muerte activa, que golpea a quienes se encargan del cierre del cementerio. Extraños sucesos se cuentan por todas partes, y el espectro de la muerte repentina que cae sobre quienes han tenido más o menos que ver con el asunto del cierre crece. «Se dice entre el público —anotan los *gazetins*— que dos arqueros han muerto repentinamente en el cementerio por haber cometido alguna irreverencia, han sido enterrados allí mismo y en secreto». «Se dice entre el público que el jefe de la policía se ha personado en Saint-Médard, acompañado por dos obreros, para exhumar al reverendo Pâris, que uno de los obreros ha caído muerto en el cementerio al querer dar el primer golpe de pico y que el otro, llamado Serviat, murió repentinamente unos días más tarde». Y también: «Se dice que algunos prelados mueren de muerte repentina en castigo a sus

⁶² A.B. 10161.

perversidades». Algunos incluso mencionarán la muerte del rey; a estos sueños responderá de hecho la del duque de Anjou...

Es un toma y daca: prohibir al público que acceda a los lugares sagrados de sepultura entraña castigos. La réplica es brutal pues se trata de la muerte repentina. Lo cual no es una casualidad; sabemos que en el siglo XVIII la muerte repentina manifiesta la reprobación definitiva de Dios puesto que priva al hombre de todo medio de arrepentirse y de confesarse;⁶³ la muerte repentina no es otra cosa que la mano de Dios.

Una espiral de opiniones acerbas y de severas críticas se amplifica y se autentifica con una serie de relatos inverificables murmurados por tabernas y esquinas, adoptando los mismos temas, encadenándose unos con otros para fundamentar una verdad: el rey actúa mal, Dios lo prueba.

A menudo, a propósito de tal o cual acontecimiento de la vida social, se advierten concordancias con el contenido de los sucesos más comentados en la ciudad. Como si, en medio de la masa de hojas sueltas vendidas en plena calle, repletas de prodigios y de catástrofes, tuviesen más importancia los relatos que de una u otra forma permitiesen pensar los acontecimientos. Casi nunca se trata de una concordancia término a término entre el hecho religioso, económico o político y el suceso, sino más bien de un sistema de correspondencias mediante el cual la población, al no tener influencia directa sobre el acontecimiento, intenta contárselo con los medios que se le ofrecen, y extrae de los sucesos un arsenal alegórico y gráfico que, no solamente llena un vacío, sino que permite sus convicciones, fundamenta sus verdades.

Paradójico, el archivo contiene al mismo tiempo aquello que niega y lo que quiere oír a cualquier precio: las palabras perseguidas, las historias que se cuentan, la ocupación de los lugares productores de acción, las representaciones y los actos mientras se efectúan son otras tantas formas imbricadas del saber social y formas reconoci-

⁶³ R. FAVRE, *La Mort au siècle des Lumières*; Presses universitaires de Lyon, 1978.

bles de la expresión popular. Son una historia en construcción cuya salida nunca es completamente captable; para dar cuenta de ella, es preciso abandonar las orillas soberanas del saber dominante que sabe explicar *a posteriori* los arcaísmos de unos y los modernismos de otros, para tomar el camino de los actores que inventan sus formas de acción a medida que participan en los acontecimientos, conquistan su sentido contra las tentativas que llegan de arriba para que siga siendo opaco. El lector de archivos, mirando lo que pasa en el acontecimiento, lo dice y lo deshace al mismo tiempo, sin disolverlo o anularlo, sin imponer «su» propio sentido sobre el que se busca incessantemente en el acontecimiento. A través del archivo, se entrevé lo que ocurre con las figuras, constantemente en movimiento, y cuya disposición se combina sin fin entre acción y reacción, cambio y conflicto. Hay que captar lo que sucede, reconocer en los hechos identificados que siempre pasa algo dentro de las relaciones sociales, renunciar a las categorizaciones abstractas para manifestar lo que se mueve, sucede y tiene lugar transformándose.

LA SALA DE LOS INVENTARIOS ES SEPULCRAL

LA sala de los inventarios es sepulcral: la calefacción es inadmisibile, los altos techos exhalan un aire húmedo. A lo largo de las paredes, cubiertas de registros, están dispuestas unas mesas grises de hierro, carcelarias. Sirven para consultar los inventarios que indican bajo qué signatura están los manuscritos que se buscan. En el centro, una mesa tan austera como las demás, quizá ligeramente más ancha, acoge a un archivero impasible. Cerca del crucero que da al jardín, un almacenero numera los pliegos con su escritura aplicada. Ni una palabra, pocas sonrisas y vagos cuchicheos. El rumor de los papeles es monótono, y el reloj sobre la puerta de doble hoja no indica la hora. El tiempo está en otro lugar, semejante al que se ha inmovilizado hace ya mucho tiempo en la sala de pórfido del Escorial donde yacen los reyes y las reinas de España, severamente colocados en sus tumbas de mármol. En el sombrío valle de España reposa la larga sucesión de la monarquía, en el Marais reposan las huellas del pasado. Las imágenes de los dos mausoleos se yuxtaponen aparentemente sin razón; sin embargo, en cada una de sus incursiones en la sala de los inventarios, se ve asaltada por el recuerdo de más allá de los Pirineos.

Hoy, un joven intimidado pide consejo el archivero de servicio en la sala. Desea realizar, para su padre enfermo, la genealogía familiar. La rigidez de la sala de los inventarios le hace encorvarse ligeramente, más de lo normal quizá. Apenas se atreve a mirar en la dirección que le indican, permanece torpemente aferrado a su cartera de cuero marrón. El archivero habla muy bajo, toma un

registro tras él y, con la punta de los dedos, sigue las líneas impresas en las que están inscritos unos números precedidos de una letra mayúscula. Después, suavemente, conduce al joven cerca de la fila más larga donde están ordenados los registros. Saca seis o siete, escogidos sin vacilar. Los abre nuevamente, señala con el dedo las largas columnas de cifras, los vuelve a cerrar, coloca los libros, coge otros, explica, vuelve a su mesa a consultar la caja de fichas bien apretadas en una caja de zapatos beige. El joven escucha con la cartera en la mano, con el aire de un explorador que no ha encontrado todavía la llave de la caja fuerte e ignora el tiempo que necesitará para conseguirla. Las agujas del reloj siguen inmóviles. El archivero ha vuelto junto al joven, le murmura unas palabras al oído y lo abandona en la mesa de donde han salido los libros. El joven se sienta y empieza a leer sacando una hoja en blanco de la cartera, al fin colocada en el suelo. Sus ojos se pasean de una página a otra sin fijarse y se posan de tanto en tanto sobre otros lectores que, con un cartón verde en la mano, vienen solamente para una breve verificación. Se diría que los envidia, piensa ella. Se pasa así largos ratos tomando notas. Su hoja blanca se ennegrece con las firmas escritas cada vez más febrilmente. Es el principio de un largo laberinto en el que se interna pesadamente, inquieto no por la salida, sino por la red de callejuelas de papel que tendrá que tomar.

Decididamente, la sala de los inventarios de la biblioteca Nacional no tiene nada que ver con las salas de catálogos o de ficheros de las otras bibliotecas. Éstas son movedizas y animadas, con sus casilleros de madera que se abren y cierran rápidamente cuando no se encuentra la referencia esperada. La madera clara no ensombrece y los lectores, aparentemente relajados, aprovechan ese momento para desentumecerse la espalda y ponerse al corriente de las noticias del mundo universitario. En los catálogos no está mal visto el pasearse con un lápiz en la boca, tres fichas en blanco en la mano y taconeando. La perspectiva de la sala es divertida; en lugar de encontrarse ante los galeotes de espalda encorbada, postrados y mudos, que llenan las salas de lectura, se ve una insólita perspectiva de hombres y mujeres-troncos de cabezas que giran por en-

cima de los ficheros. No hablan fuerte, pero menos bajo que en otros sitios, y en ciertas bibliotecas los altos ficheros con patas permiten entrever las piernas advertidas o no de los consultantes.

En los inventarios, el mundo se para, petrificado, los mismos registros son sibilinos para quien no conoce su código. Conteniendo la respiración, todos buscan el sésamo que, por supuesto, solamente abre una puerta cada vez. A veces, una buena referencia de libro encontrada en el fichero puede aportar una respuesta definitiva a un investigador en pleno recorrido; una signatura a menudo no hace más que remitir a otra signatura que, por su parte, permite el acceso a otra serie donde duermen otras signaturas. Los ojos se confunden al memorizar de A a Z y de Z^{1A} a Z^{1H} este universo donde yacen secretos cada vez más inaccesibles. El orgullo del habitual a menudo depende de irrisorias victorias: cuando se encuentra con otro habitual, puede dejar caer en la conversación, negligentemente, que Y 10139 está mucho mejor conservado que X²⁸ 1354. En este nivel, la sala de los inventarios ya no es una tumba sino un acuario en el que el lector está como pez en el agua. Una prueba: un mes más tarde, el mismo joven entra, relajado y sonriente; se apresura hacia un gran registro color rojo oscuro que inmediatamente abre por la página correcta. Anota dos informaciones, se encoge de hombros, mira distraídamente la hora que desde hace tiempo se niega a moverse. Satisfecho, muy satisfecho, guarda el inventario y, antes de ir a la sala de lectura donde le esperan los manuscritos, ve a un joven tímido y ligeramente encorvado que apenas se atreve a molestar al archivero. Vuelve la cabeza rápidamente y cierra la puerta tras él. En el pasillo se encuentra a un amigo que ha conocido en esta misma sala blanquecina: encantado, le comunica que pronto podrá entregar a su padre la genealogía tan deseada. Añade, no sabemos por qué, que este verano volverá al Escorial a ver las tumbas de los reyes... Ella ha sonreído.



Todo pasa a través de ella; todo sucede a su alrededor: ruido de enjambre ininterrumpido, y agitación alre-

dedor de su tarima coronada por una mesa que confiere a la sala de lectura un aspecto improbable. Normalmente, todo tenía que estar tranquilo, y conservar como de costumbre ese olor inimitable en el que los efluvios de cera se confunden con los más insulsos de las encuadernaciones de cuero mustio. Como nada es semejante a ayer, y como un perfume especiado llama la atención en cuanto se franquea la puerta, no cabe duda: es su día de presidencia de la sala. Como una reina barroca de pesadas joyas y de vestidos de amplias flores, hace que sople sobre la sala una marea de equinoccio. Nadie se escapa, excepto quizá los de las últimas filas, allí, más alejados y por lo tanto más preservados. Las primeras filas están en eferescencia, inexorablemente contaminadas por su fiebre severa e imponente; se nota en las cabezas levantadas, en las manos exasperadas sobre los pliegos, en los pies curiosamente enredados en los barrotes de la silla. Ella reina, da consejos que parecen órdenes, habla muy fuerte, no comprende lo que no quiere comprender, arrugando sin cesar su diario de la mañana. A veces, una noticia la hace suspirar o gruñir, es difícil de saber. De nada valdría molestarla en ese momento; es mejor alejarse hacia los «usuales» y sumergirse distraídamente en una revista más o menos reciente. Llegará el momento de volver, cuando una vaga sonrisa la haya hecho parecer casi enternecedora.

Cinco o seis veces por mañana, de ocho a diez veces cada tarde, la llaman al teléfono que no está sobre su mesa; así que, desde lejos, un almacenero tiene que hacerle señas, imitando el aparato y articulando en silencio: TELÉFONO. Su boca abierta, al fondo de la sala, actúa sobre ella como una catapulta; no se levanta, salta, apoyándose con los dos brazos sobre la mesa para poder impulsarse mejor. Baja los escalones de dos en dos, inicia el recorrido. ¿Lo hará para ir más deprisa o para hacer el menor ruido posible? Se contonea curiosamente sobre la punta de los pies, para no correr, medio dislocada, golpeando el parquet con minúsculos pasos sonoros. La escena, en la sala de lectura revestida de madera y estudiosa, adquiere proporciones de cataclismo. Acelerando el paso en el momento en que llega al teléfono, asegura el equilibrio apoyándose en la última larga mesa, gira alrededor de su ángulo recto y reem-

prende la carrera. El almacenero tiene la precaución de mantener la puerta abierta; con un último deslizamiento que hace oscilar su moño sabiamente rizado, llega a su meta, con los dos brazos extendidos. La puerta se cierra, algunos papeles vuelan. Son sus huellas. Se oye su voz penetrante confundiéndose en amabilidades empalagosas, sin entender el contenido exacto de la conversación. Todas las cabezas se vuelven a inclinar sobre las carpetas y los registros, ocupadas en recobrar algo de concentración. Olvidando que una partida precipitada exige un regreso. Éste tiene lugar del mismo modo, como una catástrofe; no sube los dos escalones de su tarima, se los traga, antes de sentarse brutalmente y de gritar casi a quienes la esperan pacientemente, con la ficha extendida y el aire fastidiado, que no es a ella a quien hay que dirigirse para un detalle tan nimio. Es inimitable.

Mañana estará ausente, se la echará de menos. Con la sala casi demasiado tranquila, demasiado concentrada, habrá que tener cuidado de no dormirse. Afortunadamente, el viejo inglés de la tercera fila estará presente; como siempre y sin darse cuenta, golpeará su pupitre. Al mismo ritmo todos los hombros se sobresaltarán.

ESCRIBIR

No se pueden resucitar las vidas hundidas en el archivo. Ésa no es una razón para dejarlas morir por segunda vez. Hay poco espacio para elaborar un relato que no las anule ni las disuelva, que las mantenga disponibles hasta que un día, en otro lugar, se haga otra narración de su enigmática presencia.

Con toda seguridad, el apego a las palabras y a las acciones en jirones modela la escritura; apoyándose en la fragmentación de las palabras, encuentra su ritmo a partir de secuencias que nada deben a la necesidad y todo a lo plausible, busca un lenguaje que deje subsistir el desconocimiento ofreciendo parcelas de saber nuevo e inesperado. Es peligroso el ejercicio de querer que la historia también se forme según lo que hubiese podido producirse, dejando que se escapen a través del desarrollo de los acontecimientos el orden inestable y disparatado del afloramiento de lo cotidiano, el mismo que hace que el curso de las cosas sea al mismo tiempo probable e improbable.

Para ello, hay que mantenerse lejos del archivo-reflejo del que no se sacan más que informaciones y del archivo-prueba que concluye las demostraciones, con el aspecto de acabar de una vez por todas con el material. Así pues, ¿cómo inventar un lenguaje que se aferre a lo que allí se busca, a través de las huellas infinitas del desafío, de los reverses y de los éxitos? Si las palabras utilizadas no permiten nunca a los actos que describen repetirse, al menos pueden evocar lo repetible, los suplementos de libertad para más tarde, aunque no sea más que enunciando la dignidad y esforzándose por medir la amplitud de las desgarras-

duras y del dolor. Naturalmente, «la historia aparece cuando la partida ha terminado»,⁶⁴ escribe Paul Ricoeur, pero la escritura de esa historia debe conservar el gusto de lo inacabado, por ejemplo, dejando que vaguen las libertades después de que fuesen escarnecidas, negándose a concluir nada, evitando cualquier forma suprema de saberes adquiridos. Ciertamente, existe una nueva forma de plegar las palabras según el ritmo de las sorpresas recibidas frente al archivo, de obligarlas a acompañar a la vacilación intelectual, con el fin de dejar que, por ejemplo, las infamias como los deseos de emancipación se manifiesten por sí mismos, manteniéndolos aptos para anudarse más tarde sobre otros sueños u otras visiones. Seguramente, hay un medio para producir sacudidas con el único recurso de las palabras, de romper evidencias, de tomar al revés el habitual hilo bonachón del conocimiento científico. Seguramente hay medios para ir más allá de la sombría restitución de un acontecimiento o de un objeto histórico, marcando lugares donde el sentido se deshace, produciendo vacíos donde reinaban certezas. Tendida entre la necesidad de construir sentido con un relato que se sostenga, y la certeza de que no hay que reificar nada, la escritura se busca entre la inteligencia y la razón, entre la pasión y el desorden.

Actualmente ya no es un secreto, en el momento en que acaba este ensayo. La atracción del archivo es claramente un vagabundeo a través de las palabras ajenas, la búsqueda de un lenguaje que salve sus pertinencias. Quizá incluso sea un vagabundeo a través de las palabras de hoy, una convicción poco razonable de que se escribe la historia para no contarla, para articular un pasado muerto sobre un lenguaje y producir «el intercambio entre vivos».⁶⁵ Para deslizarse en un discurso inacabable sobre el hombre y el olvido, el origen y la muerte. Sobre las palabras que traducen la implicación de cada uno en el debate social.

⁶⁴ P. RICOEUR, *Temps et Récit*, t. I, Éditions du Seuil, París, 1983, p. 222.

⁶⁵ M. DE CERTEAU, *L'écriture de l'histoire*, op. cit., p. 61.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
MILLARES DE HUELLAS	7
SOBRE LA PUERTA DE ENTRADA	19
RECORRIDOS Y PRESENCIAS	23
ELLA ACABA DE LLEGAR	41
LOS GESTOS DE LA RECOLECCIÓN	45
PALABRAS CAPTADAS	63
LA SALA DE LOS INVENTARIOS ES SEPULCRAL .	89
ESCRIBIR	95

ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

Títulos publicados

1. TULLIO HALPERIN DONGHI: *Un conflicto nacional. Moriscos y cristianos viejos en Valencia.*
2. VICENTE M. SANTOS ISERN: *Cara y cruz de la sedería valenciana (siglos XVIII-XIX).*
3. ENRIQUE GIMÉNEZ LÓPEZ: *Alicante en el siglo XVIII. Economía de una ciudad portuaria en el antiguo régimen.*
4. PEDRO RUIZ TORRES: *Señores y propietarios (Cambio social en el sur del País Valenciano: 1650-1850).*
5. FÉLIX FANÉS: *Cifesa: La antorcha de los éxitos.*
6. ROMÁN PERPIÑA GRAU: *De economía crítica (1930-1936).*
7. ARTURO ZABALA: *El teatro en la Valencia de finales de siglo XVIII.*
8. SALVADOR FORNER MUÑOZ: *Industrialización y movimiento obrero. Alicante, 1923-1936.*
9. AURORA BOSCH SÁNCHEZ: *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano (1923-1939).*
10. AGUSTIN RUBIO VELA: *Pobreza, enfermedad y asistencia hospitalaria en la Valencia del siglo XIV.*
11. ERNEST LLUCH Y LLUIS ARGEMÍ I D'ABADAL: *Agronomía y fisio-cracia en España (1750-1820).*
- 12-13. HENRI MÉRIMÉE: *El arte dramático en Valencia. Desde los orígenes hasta principios del siglo XVII, tomos I y II.*
14. RAMIRO REIG: *Blasquistas y Clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900.*
15. RICARDO FRANCH BENAVENT: *Crecimiento comercial y enriquecimiento burgués en la Valencia del siglo XVIII.*
16. ISMAEL SAZ: *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936).*
17. TERESA CANET APARISI: *La Audiencia Valenciana en la época foral moderna.*
18. ALAN RYDER: *El Reino de Nápoles en la época de Alfonso el Magnánimo.*
- 19-20. PHILIPPE BERGER: *Libro y lectura en la Valencia de Renacimiento, tomos I y II.*
- 21-22. MATHIEU HÉRIARD DUBREUIL: *Valencia y el Gótico Internacional, tomos I y II.*
23. PIERRE GHICHARD: *Estudios sobre historia medieval.*
24. VV. AA.: *La II República. Una esperanza frustrada (Actas del Congreso Valencia capital de la República [Abril 1986]).*
25. FERNANDO ANDRÉS ROBRES: *Crédito y propiedad de la tierra en el País Valenciano.*

26. PAUL THOMPSON: *La voz del pasado. Historia oral.*
27. JOAQUÍN BÉRCHEZ: *Arquitectura y academicismo en el siglo XVIII valenciano.*
28. FERNANDA ROMEU: *Más allá de la utopía. Perfil histórico de la Agrupación Guerrillera de Levante.*
29. ENRIC MATEU: *Arroz y Paludismo. Riqueza y conflictos en la sociedad valenciana del siglo XVIII.*
30. EULALIA VEGA: *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República: La CNT y los sindicatos de oposición en el País Valenciano.*
31. E. SEBASTIÀ Y J. A. PIQUERAS: *Pervivencias feudales y revolución democrática.*
32. ISABEL BURDIEL: *La política de los notables. Moderados y avanzados durante el Régimen del Estatuto Real (1834-36).*
33. E. SANCHIS Y J. MIÑANA (compiladores): *La otra economía. Trabajo negro y sector informal.*
34. FRANCESCO MAIELLO: *Jacques Le Goff. Entrevista sobre la historia.*
35. FRANÇOIS DOSSE: *La historia en migajas. de «Annales» a la «nueva historia».*
36. JACQUES HEERS: *Esclavos y sirvientes en las sociedades mediterráneas durante la Edad Media.*
37. JACQUELINE GUIRAL-HADZIOSSIF: *Valencia, puerto mediterráneo en el siglo XV (1410-1525).*
38. J. S. AMELANG Y M. NASH (compiladores): *Historia y géneros: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea.*
39. IGNASI TERRADAS SABORIT: *Revolución y religiosidad. Textos para una reflexión en torno a la Revolución francesa.*
40. ARMANDO PETRUCCI (compilador): *Libros, editores y público en la Europa moderna.*
41. ANTHONY PHELAN (compilador): *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar.*
42. FERNANDO DIEZ: *Viles y mecánicas. Trabajo y sociedad en la Valencia preindustrial.*
43. ROBERT I. BURNS (compilador): *Los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador. Razón y fuerza en la Edad Media.*
44. ARLETTE FARGE: *La atracción del archivo.*
45. J. A. PIQUERAS Y E. SEBASTIÀ: *Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la Revolución gloriosa.*
46. JAVIER VIDAL OLIVARES: *Transportes y mercado en el País Valenciano 1850-1914.*
47. REINHARD KÜHNL: *La República de Weimar.*
48. ROGER-HENRI GUERRAND: *Las letrinas. Historia de la higiene urbana.*

49. FRANCISCO PONS FUSTER: *Místicos, Beatas y Alumbrados. Ribera y la espiritualidad valenciana del siglo XVII.*
50. SUSANNE SCHÜLLER PIROLI: *Los papas Borgia, Calixto III y Alejandro VI.*

Serie Mayor

1. JUAN PIQUERAS: *La vid y el vino en el País Valenciano.*
- 2-3. A. RICO, J. C. GENOVÉS, J. MAFÉ, A. MANES, F. MAS, E. SANCHIS I G. ROCA: *L'economia del País Valencià: Estratègies sectorials*, volums I i II.
4. CARMEN SANCHIS DEUSA: *El transporte en el País Valenciano. Carreteras y ferrocarriles.*
5. PILAR CARMONA: *La formació de la plana alluvial de València. Geomorfologia, Hidrologia i Geoarqueologia de l'espai litoral del Túria.*



3 9 0 5 0 8 0 4 4 0 9 D

Este libro se acabó de imprimir
el día 15 de abril de 1991
en los talleres gráficos
de Graficuatre, S.L.
de Alzira